

NOSOTROS HEMOS OÍDO CANTAR AL PÁJARO

Encuentros con Tony de Mello

Aurel Brys, SJ / Joseph Pulickal, SJ



Me sentía tremendamente nervioso mientras me dirigía hacia el comedor donde Tony y unas veinte personas más estaban cenando. Más tarde, el propio Tony me diría que no había advertido mi nerviosismo, sino que se había sentido bien al verme. Curioso..., pensé yo. Aquél fue nuestro primer encuentro.

En el curso Sadhana de 1976-77, yo tenía un montón de problemas personales que «resolver», hasta el punto de que, cuando ya nadie tenía más que decir, siempre había algún «gracioso» dispuesto a incordiar: «Oye, Joe, ¿por qué no nos cuentas un problema?». ¡Y yo siempre caía en la trampa! Por si fuera poco, también tenía problemas con Tony a causa de sus teorías y de su forma de llevarlas a la práctica. A pesar de lo cual, entre él y yo se estableció una profunda relación. A mí me parecía que a él le encantaban las discusiones —serísimas discusiones teóricas— que solíamos tener después de las sesiones y en cualquier ocasión en que nos encontráramos.

Las dificultades y el afecto entre ambos no desaparecieron nunca. Pero, mientras que a mí las dificultades me producían incomodidad, él parecía olvidar inmediatamente cualquier incidente desagradable que hubiera podido ocurrir. Tony veía lo bueno que había en mí y que yo mismo era incapaz de ver, mientras que lo malo que yo sí veía y me incomodaba, a él no le molestaba en absoluto.

Cuando Tony murió, deseé enormemente haber hecho algo «por» él. Pero ¿qué podría haber hecho yo...? Poco a poco, aquel deseo fue extinguiéndose. Y en marzo de 1992, de pronto, se me ocurrió la idea de este libro. Lo hablé con Aurel Brys, Léela Kottoor e Isabel Martín, que se mostraron entusiasmados con la idea. Poco después, Aurel y yo nos pusimos a trabajar. Al cabo de unas semanas, le dije a Aurel: «Yo soy de los que esperan a que sople el viento para levar anclas, mientras que tú eres partidario de remar y empujar cuando no hay viento». De no haber sido por su empuje y su habilidad para remar, la idea de este libro se habría quedado en eso: en pura idea.

J. PULICKAL, SJ

Mientras leía lo escrito por quienes habían tenido la amabilidad de responder a nuestra carta solicitándoles que relataran cómo había Tony influido en ellos y transformado sus vidas, tuve la sensación de estar pisando «suelo sagrado». Todos ellos narraban cómo la interacción de Tony con ellos les había servido de ayuda y de desafío, desencadenando en ellos un proceso dinámico, haciéndoles aligerar el paso y mejorando la calidad de sus vidas.

Estos relatos personales me hicieron adentrarme en mi propio interior, donde pude conocer a Tony de un modo diferente. En aquellas personas descubrí cómo el espíritu de Tony se encontraba vivo, activo en el proceso liberador experimentado por ellas durante años y en su continuo intento de responder aquí y ahora a las experiencias vitales, presente en el deseo de todas ellas de responder de un modo nuevo a sus respectivas llamadas, operante en la renovación espiritual que el propio Tony había desencadenado en la India.

Mientras trabajaba con Joe sobre aquellos testimonios personales, tuve una sensación aún más honda: de algún modo comprendí que con los evangelios debió de suceder algo muy

similar. Al redactar sus respectivos testimonios, los evangelistas no habrían tratado de recrear la persona de Jesús, sino de capturar y reflejar su Espíritu. El descubrir y recoger el espíritu de Tony me ha ayudado a recibir de nuevo el Espíritu de la Vida, el Espíritu de Jesús. La magia de Tony había vuelto a funcionar.

A. BRYS, SJ

¿Qué es este libro? En la carta que escribimos el 4 de abril de 1992 solicitando el testimonio de personas que hubieran conocido a Tony, explicábamos: «¿Le gustaría colaborar en un libro sobre la obra de Tony de Mello? Si Tony ha influido —transformándolas— en la vida de tantísimas personas a lo largo de su ministerio, debe de ser porque había cosas en él de un valor imperecedero y que él expresaba con especial energía y viveza. Recuperar algo de ello es lo que pretendemos.

¿Recuerda usted haber experimentado la 'magia' de Tony? ¿Sucedió durante una sesión de 'counselling', de dirección espiritual, de terapia? ¿Durante un encuentro, una interacción, una exposición teórica, una relación ocasional? ¿Escuchando de Tony una réplica, un cuento o un chiste con que tratara de remachar un determinado punto? Si es así, entonces dispone usted de material para nuestro libro. Los propios libros de Tony son fundamentalmente 'anecdóticos': son colecciones de cuentos, de ejercicios, de agudezas, de chistes... El libro que nos proponemos hacer sobre Tony también quiere ser así: anecdótico. ¡Queremos devolverle el cumplido!

La finalidad del libro no será mostrar lo grande que era Tony. No pretendemos rendir tributo a ningún héroe. No se trata de satisfacer la curiosidad, de suscitar la admiración hacia él ni de ofrecer unos retazos biográficos. Desearíamos que su aportación consistiera en narrar alguna ocasión en la que Tony le haya planteado a usted algún reto, le haya comunicado energía, le haya ampliado su perspectiva, le haya permitido comprender más a fondo, le haya hecho escuchar el canto del pájaro, le haya conducido a usted al silencio... Todas esas cosas habrán de llevar al lector a una experiencia similar».

A medida que iban llegando las respuestas, nos percatamos de que supondría un trabajo ímprobo purgarlas de ditirambos y efusiones de todo tipo: cada una de ellas era una verdadera manifestación de afecto, agradecimiento y cariño... Todos los que quisieron colaborar enviando sus elogiosos escritos nos decían que hiciéramos con ellos lo que quisiéramos (corregir, refundir, acortar, ampliar, rechazar...). Y es lo que, necesariamente, hemos hecho. Es posible que en algún caso hayamos pasado algo por alto o malinterpretado alguna idea, aunque lo cierto es que nos hemos esforzado lo indecible por evitarlo.

Nuestra propia percepción de lo que fue la vida de Tony ha determinado la manera de ordenar los materiales que forman el libro, agrupándolos por temas, dentro siempre de una estructura un tanto flexible, sin atenernos a la cronología de la vida de Tony o de las interacciones referidas.

Presentamos las distintas aportaciones sin título alguno, con la seguridad de que cada una de ellas habrá de impresionar al lector como podría hacerlo la belleza de una flor, un ave, un

panorama, una estrella o un hecho humano anónimos. Hemos echado en falta los chistes de Tony en las respuestas que nos han llegado. ¿Qué es Tony de Mello sin sus chistes? Un hombre que, en palabras de uno de nuestros colaboradores, de «reverenciado director de Ejercicios, se convirtió en el irreverente director de Sadhana» y que, según sus propias palabras, deseaba «morir contando un chiste». Por eso hemos intercalado algunos chistes que no son suyos, sino tomados de otras fuentes. Esperamos que tengan algo de ese humor de doble sentido y ese caudal de sabiduría propios de los chistes de Tony.

Al final del libro hemos añadido un apéndice titulado «...tan feliz, tan libre...», con información sobre Tony tomada literalmente del material que hemos recibido.

Más de un estudioso de sus libros ha observado que el hombre-Tony siguió siendo un misterio hasta el final. Tal vez estos pasajes —tal vez todo el libro— revelen algo más al hombre. Enviamos nuestra primera carta a unas ciento veinte personas que habían conocido a Tony personalmente. Podríamos habérsela enviado a quinientas, si hubiéramos tenido entonces — como tenemos ahora— la lista completa de quienes hicieron con él el curso de Sadhana. El libro habría salido ganando, seguramente...

En cualquier caso, el libro no pretende ser un «video» exhaustivo sobre Tony. De hecho, nunca fue nuestra intención presentar una síntesis completa de sus ideas. Tampoco tratamos de analizarlo ni de evaluarlo. Sin embargo, sí queremos decir una cosa: Tony, especialmente en sus últimos años, no representó la línea oficial cristiana de pensamiento o de piedad; pero sí ofreció un testimonio y un programa y suscitó una serie de cuestiones que incluso cristianos de la «línea oficial» encontraron inmensamente sugerentes y enriquecedoras; ésa fue —ésa es— su grandeza.

Los nombres de los colaboradores —algunos de los cuales, obviamente, han aportado más de un relato— figuran en la página siguiente por orden alfabético; pero los nombres que aparecen en los mencionados relatos son todos ellos ficticios. El lector no podrá saber, pues, quién es el autor de cada colaboración. Queremos manifestar nuestro agradecimiento, lógicamente, a los mencionados colaboradores. También a los amigos que tan generosamente nos han prestado la ayuda que necesitábamos: James Pathippallil, John Vattanky, Francis D'Sa, Shanti, Léela, Lisbert, J. Tha-yil, Isabel, Michael, P.J. Francis, Lucien Clarijsse y Alex Toppo. Un agradecimiento especial a Eustace Fernandes, autor de las ilustraciones, y a la editorial Gujarat Sahitya Prakash.

J. PULICKAL, SJ / A. BRYNS, SJ Calicut, 2 de junio de 1994

-oOo-

El discípulo se quejaba constantemente a su Maestro Zen:

«No haces más que ocultarme el secreto último del Zen».

Y se resistía a aceptar las consiguientes negativas del Maestro.

Un día, el Maestro se lo llevó a pasear con él por el monte. Mientras paseaban, oyeron cantar a un pájaro.

«¿Has oído cantar a ese pájaro?», le preguntó el Maestro.

«Sí», respondió el discípulo.

«Bien; ahora ya sabes que no te he estado ocultando nada».

«Sí», asintió el discípulo.

El canto del pájaro

1

Durante un seminario sobre la oración dirigido por Tony, aproveché una pausa para ir a charlar con él. Le encontré en su habitación haciendo pompas de jabón con una pajita. «¡Mira, mira», me dijo, «mira qué bonitas, qué frágiles y qué brillantes son las pompas! ¡Fíjate cómo mueren sin ofrecer resistencia! Así me gustaría a mí morir: feliz y despreocupado». Las palabras de Tony me hicieron entender de pronto el sentido de la vida, de su fugacidad y volatilidad, y me hicieron desear dar lo mejor de mí mismo, deleitarme en la vida y aceptar su carácter efímero... En cierta ocasión me escribió: «¿En qué consiste el misterio que llamamos la vida? Nos encariñamos con determinadas personas, las amamos profundamente... y luego tenemos que separarnos de ellas. Juan 3: el tema del re-nacer... Tenemos que nacer de nuevo... El Espíritu. .. no sabemos de dónde viene ni adónde va... Hemos nacido para ser separados. Porque eso es precisamente el nacimiento: una separación del seno de nuestra madre. Y eso es también el renacer: una separación y un adiós. Tenemos que estar alejándonos incesantemente de aquellos que nos aman, diciendo constantemente adiós y separándonos. En último término, en lo más hondo de nuestro ser, todos estamos solos. Y al final la muerte ha de separarnos, no sólo de nuestros amigos y seres queridos, sino también de nuestro propio cuerpo, de nuestra personalidad... ¿Qué queda de nosotros? Tal vez esa parte última, misteriosa y desconocida, que no podemos tocar..., que llamamos 'Espíritu'..., que no sabemos de dónde viene ni adónde va. Cuando entramos en contacto con ese Espíritu, entonces renacemos realmente».

2

Tony se reía de mis preocupaciones y solía decirme: «Renuncia a ser la Madre Superiora del Universo». Cuando, en cierta ocasión, le hablé de cómo me dolía la manera en que una determinada persona me había tratado, él me dijo: «La dignidad humana necesita ser respetada: no seas un felpudo para nadie...». Esta simple verdad me sirvió de gran ayuda. Otro

día, paseando juntos, Tony quiso saber lo que el grupo pensaba acerca de él. Tras escuchar mi respuesta, me preguntó qué era lo que yo pensaba. La verdad es que, con todo el amor y la admiración que yo le profesaba, había cosas en él que me resultaban inaceptables. Se las dije, y él no dejó de escuchar. Tony era muy crítico con la manera en que la Iglesia Católica controla a sus miembros. Mientras le escuchaba, me preguntaba a mí misma: «¿No estaré yo siguiendo el ejemplo de la Iglesia y tratando de controlar a quienes están a mi cargo?». Hoy puedo mirar a la Iglesia con más realismo y juzgar con más honestidad mi propio proceder. Siempre que estaba con Tony, yo parecía ser lo único que le importaba, lo cual era para mí una gran sensación. Con él, yo podía ser absolutamente natural y libre, podía hablar con toda franqueza y compartir con él mis pensamientos más ocultos. Nada le sorprendía... Quería él que yo fuera responsable de todo cuando pudiera pensar, sentir o hacer, en lugar de achacar a nadie mis propios males y desdichas. Los episodios que acabo de relatar, y otros muchos, me hicieron ver en Tony a una persona que muchas veces tenía razón, y otras veces se equivocaba, pero que siempre daba muestras de alegría, de empatía, de sabiduría y de amor. Y el haberlo experimentado en mi trato con él me ha hecho reconocer lo mejor que hay en mí y creer en ello.

3

Al comienzo de una de las sesiones de maxiSadhana, había estado yo dando una serie de consejos a James. Al acabar la sesión, y tras hacer un par de comentarios, Tony se volvió hacia mí y me preguntó: — ¿Qué has hecho por James? — Creo que ha logrado tomar conciencia de algunos de sus sentimientos. — Te he preguntado qué has hecho por James. — Le he ayudado a comprender sus sentimientos. — ¿Y qué haces con las manos? ¿Que te pasa? Sin darme cuenta, yo había empezado a dar golpecitos en el suelo con los dedos. Estaba nervioso. Durante otra sesión posterior, una mujer del grupo dijo que me quería y que deseaba tener relaciones conmigo. — ¿Cómo te sientes?, me preguntó Tony. — Feliz... — ¿Y qué haces con las manos? Estaba nervioso y había empezado a darme golpecitos en la rodilla derecha. Dejé de hacerlo. — ¿Qué haces ahora con la mano izquierda? Había empezado a hacer lo mismo con la rodilla izquierda. Me detuve y crucé mis brazos sobre el pecho. — Pero ¿qué haces con las manos, Basil? No reprimas tu alegría. No te pongas tenso. No te niegues a amar. Acepta el amor. Autorízate a ti mismo a ser feliz. Ahora, en lugar de reprimir tus sentimientos, exteriorízalos. ¡Alza los brazos y agítalos sin miedo! Así lo hice. Una sensación de libertad y de alegría me invadió, y me puse a reír a carcajadas. En otra ocasión, Tony pidió a cada uno de los miembros del grupo que describieran las sensaciones que experimentaban en aquel momento. Cuando acabé yo de hablar, Tony me miró y me dijo: — ¿Te das cuenta de que no has hablado más que de sensaciones táctiles? ¿Eres consciente de la forma en que estás sentado? ¿Eres consciente de la postura de tus piernas y de tus manos? Yo estaba sentado en cuclillas, con los puños cerrados sobre los muslos apretados. Así comencé a ser consciente de mis sensaciones, de mi cuerpo, a ver la relación entre los sentimientos y las acciones: un proceso de apropiación e integración. Para mí, se trata del mismo ámbito que el del discernimiento ignaciano de las «mociones espirituales» y la toma de decisiones.

4

Mediado el curso de Sadhana, Tony me dijo lo siguiente: «Te he encontrado bastante vitalista, vibrante y, de hecho, sumamente madura en muchos aspectos. Pero me has hecho sentir un tanto incómodo, y ahora ya sé por qué. Verás, querida: emocionalmente, eres la típica adolescente que seduce a los hombres a diestro y siniestro, y te preguntas por qué todos caen rendidos a tus pies». Aquello fue un trago verdaderamente difícil de digerir, porque para entonces yo me creía ya una santa. A partir de la siguiente sesión, Tony no ahorró esfuerzos en hacerme ver las tácticas de seducción que yo empleaba: mis miradas, mis posturas, el lenguaje que empleaba para comunicar mis sentimientos... El consultor matrimonial le dijo a su cliente femenina: «Puede que su problema consista en que esta mañana se ha levantado usted de mal humor...» Y la mujer le respondió: «No, siempre le dejo a él que siga durmiendo».

5

Jim se debatía entre, por una parte, su deseo de ser independiente y vivir su propia vida y, por otra, su temor a defraudar a sus muchos amigos. Afronta —le dijo Tony— el dolor de vivir por ti mismo, de vivir con la verdad, aunque ello te enemiste con tus amigos. — Siempre habrá alguien que me quiera... — ¡Ya estás poniéndote bálsamo en la herida y buscando una escapatoria...! Afronta el dolor de vivir la vida realmente solo y sin culpar a nadie por dejarte. Soporta el dolor. — ¡Ojalá yo no fuera yo en este momento! — Siente el dolor de hacer lo que debes. Si te quejas, tal vez te sientas mejor, pero estarás huyendo de ese dolor. — Se me ocurrió de pronto que en mi provincia y en mi obra estaría solo... — ¡Ya estás otra vez evadiéndote y tranquilizándote con eslóganes! Imagina que estás con quien deseas estar, mientras los demás se enojan contigo por no haberlos escogido. — Siento como si me evadiera... — Cuando estés en tu habitación, escucha de nuevo la grabación de esta conversación y soporta el dolor. Se trata de la crucifixión..., del grano de trigo que debe morir... y de la verdadera resurrección y la aparición del verdadero yo. Que ninguna droga te desvíe de vivir o te haga cortar en seco con la vida: ni la droga de las relaciones, ni la droga del amor —el amor puede endulzar la vida, no suplirla—, ni la droga de la religión, ni la de Dios, ni la del aprecio y el elogio, ni la de cumplir las expectativas de los demás... Ahonda en el sentido de tus raíces. Siente el miedo, siente el dolor... y luego siente la fuerza. Es doloroso ser independiente, cierto; pero no hay más remedio.

6

«El dolor no es positivo ni negativo: el dolor es propio de la vida. La vida es crecimiento, y en todo crecimiento entra el dolor como uno de sus componentes esenciales». Tony solía hacer afirmaciones de este tipo, especialmente en situaciones concretas de dolor en las que nos veía debatirnos y derrochar energías. De ese modo nos enseñaba, al menos a mí, a desarrollar la tolerancia frente al dolor y las contradicciones de la vida. «Si trato por todos los medios de hacerme inmune al dolor, lo único que consigo es cerrarme a la intimidad, al crecimiento y a la vida misma». Cuando comprendí que no tenía necesidad de evitar el dolor a toda costa, empecé a respirar a pleno pulmón y a ver con naturalidad y sosiego los sinsabores de mi vida, tales como la separación de mis padres... Podía comprobar cómo se liberaban mis energías con sólo aceptar lo inevitable y aquello sobre lo que yo no tenía ninguna capacidad de influir. Al

principio con la ayuda de Tony, que me lo hacía ver en los momentos más cruciales y difíciles, y posteriormente comprobándolo por mí mismo, pude desbloquear las zonas inertes de mi ser, que recobraron la vida y el movimiento. «Aceptar lo que resulta doloroso es una actitud vivificante». «Puedes conformarte resignadamente y no tener dolor, y estar muerto; y puedes ser libre y espontáneo y tener dolor, y estar vivo».

7

En el norte de la India se celebra la fiesta del Raksha Bandhan, en la que las jóvenes ponen en la muñeca de algún hermano o de algún amigo un rakhee (un amuleto, en forma de pulsera, hecho con flores, con papeles de colores o con plata). El significado de este rito es que la muchacha solicita el cuidado y la protección del hombre en cuestión, el cual acepta. En el día del Raksha Bandhan del año en que yo hice mi curso de Sadhana, una mujer del grupo ofreció un rakhee a cada uno de los diez hombres que hacían el curso. Yo, en cambio, puse tan sólo un rakhee en la muñeca de Tony, y otro en la de un amigo. Tony rompió a reír a carcajadas y dijo: «Es fácil ofrecer un rakhee a cada uno, sin excluir a nadie; pero es difícil escoger a uno o dos del grupo, ¿no es cierto?».

8

«Yo te ayudaré con el inglés», me dijo Tony. Era el mes de diciembre de 1949. Los dos éramos jóvenes estudiantes jesuitas: él tenía 19 años; yo tenía 23 y acababa de llegar de España. «Quiero que aprendas a hablar un inglés no sólo gramaticalmente correcto, sino incluso con modismos», prosiguió. De hecho, Tony estuvo varios años corrigiendo mi inglés, y con tal delicadeza que nunca me hizo sentirme inferior. Aquello fue un acto de amor. Con los años, fui nombrado maestro de novicios, cosa que nunca habría podido imaginar. Cuando me encontré con Tony, él se rió de buena gana y me dijo: «Serás un excelente maestro de novicios. Límitate a ser tú mismo». Aquello me ayudó enormemente a creer en mí. Más tarde, me confiaron una importante tarea administrativa. Y Tony me dijo: «Pienso que te va a resultar excesivamente duro y que vas a sufrir mucho. Pero ¿qué te parece a ti?». «Lo veo como un desafío», le respondí, «y estoy dispuesto a aceptarlo». «¡Adelante!», dijo Tony; «pero ten por seguro que te va a costar...». Y así fue. En cierta ocasión, me dijo Tony: «Por culpa de la insistencia jesuítica en que debemos controlar nuestras emociones, te estás volviendo demasiado duro. Hay mucha calidez en tu interior, pero, como la reprimes y no la expresas, no estás siendo tú mismo, no manifiestas tu verdadero yo». Aquella observación de Tony me inquietó. «Ya lo sé», le respondí, «pero, si me descuido lo más mínimo, puedo perder el control; y, una vez abierta la represa, puedo verme arrastrado por la riada de mis sentimientos». A lo que Tony replicó fríamente: «Tú verás. Puedes escoger entre ser un tipo duro o un hombre cálido y afectuoso». Haciendo Tony y yo la «tercera probación» (la última fase de la formación jesuítica), cayó en nuestras manos un libro titulado *Mi puerta está siempre abierta*. «Sería un bonito lema para nosotros, ahora que vamos a iniciar nuestro ministerio sacerdotal», le dije a Tony; pero éste, sonriendo, me replicó con mucha agudeza: «Sería un buen lema para Europa, donde casi nadie va nunca a ver a un cura; pero en la India, si dejas la puerta abierta, se te meten hasta la cocina». Tenía razón... Era Tony un hombre conmovedoramente bueno, capaz de calibrar las posibilidades y las limitaciones de los demás, y capaz también de juzgarte, para bien o para

mal, con imparcialidad. Un hombre que transmitía libertad. Un hombre audaz e incapaz de aprovecharse de su autoridad. Un hombre consciente de su poder y de los peligros que éste entrañaba. Amigo, filósofo y guía.

9

Había acudido yo a Sadhana para pasar un fin de semana. Durante el desayuno, Tony me preguntó por qué era yo tan reticente con respecto al «establishment» católico. Le dije que no me parecía sano para el crecimiento espiritual de nadie el ingresar, siendo todavía un adolescente, en una orden religiosa, con sus votos obligados de pobreza, castidad y obediencia; aunque admitía que podía haber excepciones, como sucedía con nuestros santos. Estuve a punto de caerme de espaldas cuando Tony manifestó su sincero acuerdo con mi punto de vista. Luego, cuando me preguntó qué alternativa recomendaría yo, le respondí: «Los antiguos asrams indios (las cuatro fases en que la persona asume los sanyas después de haberse realizado como cabeza de familia)». Tony volvió a mostrarse de acuerdo y añadió: «¿Y cómo podríamos incorporar eso?». Supe entonces que me hallaba ante un sabio que había trascendido realmente el espesor de la rivalidad y el consumismo religiosos. Tony ayudaba a la gente a superar sus bloqueos psicológicos... para que la corriente del amor de Dios fluyera libremente. Y solía aconsejar: «No permitas que tu amor a Dios sirva de impedimento al amor a tus semejantes».

10

Sebastián: Tengo mucho miedo a Dios. Cuando lo imagino, me siento miserable, débil y pequeño. La verdad es que le hablo a la gente de la misericordia y la bondad de Dios, pero yo no lo siento así en absoluto. Tony: ¿Quién te da miedo? — Dios, que me oprime con su penetrante mirada. — ¿Y quién es el autor de esa imagen? — Yo. — ¿Estás seguro? — Bueno, tal vez sea una imagen introyectada que yo le aplico a Dios. Pero puede que Dios sea así. — ¡Puede que Dios sea así...! — Naturalmente. Y entonces mi miedo estaría justificado. Puede que Dios sea así, efectivamente, o puede que yo proyecte sobre él esa imagen. — Y esa ambivalencia ¿te tranquiliza o te da miedo? — Me produce una constante incertidumbre. — Yo no sé qué, quién ni cómo es Dios, la Realidad Última; simplemente, hago un acto de confianza y, de vez en cuando, experimento su misericordia. Ya sé que, a la larga, todo podría ser una broma cruel; pero eso a mí no me preocupa y, sin embargo, a ti sí. ¿Quieres que deje de preocuparte? — Me gustaría, pero me da miedo intentarlo. — Para ello se requiere una fuerza que en este momento tú estás empleando contra ti mismo. Cada vez que te minusvaloras y te dejas invadir por el miedo, estás cediéndole a Él tu fuerza para que te domine. Job optó por combatirlo y, al final, salió victorioso. Tú no dejas de llamarte y considerarte a ti mismo indigno; y las incontables enseñanzas, exhortaciones y pláticas religiosas que has padecido a lo largo de tu vida te han ayudado a convencerte de ello. «El miedo a Dios... No hacemos más que proyectar en Dios o en el otro nuestra propia crueldad, nuestra propia ira y nuestra propia fuerza. No renuncies a esa fuerza, aunque te parezca negativa, porque es tu propia fuerza. Sé consciente de ella, aprópiatela, haz el papel de Dios, y acabarás con el miedo que te paraliza. Entonces podrás comunicarte con Dios, escucharlo y descubrirlo».

11

Tanto personalmente como en las sesiones de terapia, me había esforzado lo indecible por superar el problema de mi carácter colérico; pero la sensación de nerviosismo y de impaciencia, de opresión, no había desaparecido. — ¿Qué es lo que te oprime?, me preguntó Tony — Hay algo que me impide estar alegre, que me hace dudar y que me obliga a aplazar las decisiones. Cuando eso no se da, me siento liberado y tranquilo. — Vamos a hacer una cosa: tú eres eso que te oprime, y yo soy tú. Hablemos. — El caso es que la imagen de mi padre... — Deja en paz a tu padre y todo lo demás. Haz como si fueras lo que te oprime. Sé el opresor. — Yo sé lo que te conviene, y tú has de vivir como yo te diga. Yo soy el jefe, el que manda; tú límitate a hacer lo que yo quiera. Y no protestes, o te sacudo. — No pienso obedecerte. — Atrévete, y de veras que te sacudo. — Te haré frente y me defenderé. — Inténtalo. — Lo haré. — Inténtalo, y verás... Estuvimos así durante algún tiempo, y de vez en cuando Tony me preguntaba cómo me sentía. Poco a poco, mi sensación de nerviosismo iba dejando paso a la sensación de fuerza. Al verlo, Tony me dijo: «Ahí lo tienes: a quien temes es al opresor que hay en ti. La única manera de liberarse consiste en aceptar a ese opresor. Si lo haces, serás fuerte y podrás permitirte ser amable y comprensivo; de lo contrario, te mostrarás demasiado enérgico y severo, y la gente se ofenderá contigo. El ejercicio que hemos hecho te ha ayudado a ser consciente de tu ira y de la fuerza que ésta tiene. Lo que has de hacer ahora es seguir identificándote con la fuerza del opresor que hay en ti, y te mostrarás armonioso en todo lo que hagas». «La persona consciente del déspota que hay en ella, no es probable que actúe como un déspota; en cambio, quien no es consciente de ello actuará despóticamente. Es importante reconocer y aceptar el lado desagradable de uno mismo». «Dejarás de tener miedo a Dios el día en que te conviertas en el Dios que te inspira miedo».

12

Durante una sesión de renovación, le dije a Tony abiertamente y sin rodeos: «No puedo soportar la parcialidad y los prejuicios con que actúa mi Superior. Es algo que me enferma». Y Tony me replicó: «Puedes abordar el problema en tres pasos: 1) ¿Quién tiene el problema: tú o él? 2) ¿Estás dispuesto a permitirle que actúe como lo hace? 3) ¿Dónde está el problema?». Me di cuenta de que era yo quien tenía el problema, y así lo reconocí. Lo cual me llevó al segundo paso. Tony me pidió que abandonara la reunión y que, una vez a solas, intentara dar autorización a mi Superior para ser él mismo, y que tomara buena nota de lo que sintiera durante el proceso. Lo hice durante media hora y volví al grupo. Tony me pidió que manifestara mi sentir, y yo dije que me sentía más ligero, más libre y más fuerte. Mis anteriores expectativas con respecto a mi Superior se habían desvanecido. Al permitirle ser libre, había experimentado en mí la libertad y el poder. «Muchos de nuestros actos, tanto en la comunidad como en el terreno de la formación, provienen de nuestra in-tolerancia. Gran parte de nuestro discurso y de nuestra moralidad es una forma velada de intolerancia». Es verdaderamente reconfortante y tranquilizador saber que, si te casas, suceda lo que suceda, siempre tendrás junto a ti a alguien a quien echar la culpa.

13

Yo no estaba sacando de la vida todo lo que sabía que ésta me ofrecía. Al contrario: la vida me parecía cada vez más una carga y un estorbo. Mi manera de afrontar algunos problemas dejaba bastante que desear... Cuando, en mi primer encuentro con él, le hablé a Tony sobre ello, él me dijo: «Imagínate que estás sentado con Cristo y que éste te pide que le describas tus mejores cualidades». Así lo hice, y en aquel momento pensé que me había excedido ensalzando mis talentos. Luego me pidió Tony que le contara a Jesús mis defectos. Al concluir el ejercicio, Tony me dijo que había sido mucho más elocuente al enumerar mis defectos que al subrayar mis buenas cualidades. Por muy simple que fuera aquella interacción, de algún modo produjo en mí un cambio verdaderamente significativo. Aquello fue para mí el comienzo de mi despertar, de mi conocimiento.

14

Acababa yo de cumplir los cincuenta, y durante muchos años había sido un respetable sacerdote de la Compañía de Jesús. En la primera sesión de terapia que tuve con Tony durante mi maxiSadhana, le hablé de las dificultades que tenía con una determinada persona. Tony me ayudó y, poco a poco, me llevó a confesar mi enojo. Me sorprendió constatar que estaba enojado, que había estado fomentando inconscientemente ese enojo y que no había perdonado en tanto tiempo a aquella persona. Aquello me ayudó muchísimo. Por supuesto que me sigue costando perdonar, pero ahora soy consciente de ello y perdono más fácilmente. Un día, Tony me llamó y, con absoluta sinceridad, me dijo que se sentía amenazado y celoso porque le daba la impresión de que yo andaba como «flotando» desde hacía unos días, tras la llegada de un buen amigo mío. Yo solté una carcajada. «Te hablo en serio, Shanti», me dijo; «me siento celoso, y sufro, y estoy volviéndome neurótico». * ** «La fuerza no radica en ser adulto, sino en ser sincero. Supone una enorme fuerza el reconocer y admitir sinceramente lo que uno experimenta y lo que uno quiere, sea lo que sea».

15

Durante una sesión, yo me referí al problema de mi timidez. Tony me aconsejó: «Durante la próxima semana, toma la iniciativa en suscitar conversaciones o intégrate activamente en una conversación que tú no hayas iniciado». Lo intenté. Con frecuencia, la gente me ignoraba y hacía que me sintiera cohibido y fastidiado. Cuando se lo hice saber al final de aquella semana, Tony me preguntó: «¿Qué haces para conseguir lo que deseas?». En situaciones difíciles, tiendo a ser sumamente débil. En cierta ocasión, un amigo reaccionó negativamente ante mí en el grupo, y yo me quedé sonriendo bobaliconamente. Aquello le irritó a él y a todo el grupo, mientras que yo me sentí rechazado y más solo que la una. Al finalizar la sesión, Tony me dijo: «No haces más que azorarte, sufrir y compadecerte a ti mismo. Deberías ser consciente de cómo ello condiciona lo que los demás piensan sobre ti. No te vayas a tu habitación a llorar. Necesitas encontrar otras formas de reaccionar». Durante una serie de sesiones, hice diversos intentos de liberarme del profundo miedo que me inspiraba mi madre. En un determinado momento, Tony me pidió que le gritara «no» a mi madre. Mi voz apenas resultaba audible. Cuanto más me urgían todos a gritar más alto, tanto más débil era mi voz. Finalmente, Tony me dijo: «Tu madre te tiene bien agarrado, ¿no es verdad?». Diferentes

reacciones las de Tony en cada ocasión, a las que yo sigo refiriéndome en mis esfuerzos por ser cada vez más libre.

16

Muchas veces había tenido yo la sensación de que la gente se aprovechaba de mí exigiéndome cosas irracionales y sin tener en cuenta mis necesidades, mis energías, etc. El problema era especialmente agudo en el caso de mis amistades: yo las deseaba, pero, al mismo tiempo, sentía que limitaban mi libertad. Era incapaz de decir «no» a un amigo, y menos aún de ofenderle. Después de haberlo hablado en varias ocasiones con él, Un buen día me dijo Tony: «¿Quieres en serio que te diga la verdad? Pues te la voy a decir: tú no quieres cambiar. Lo que realmente quieres es que yo te confirme que tú tienes razón y que todos los demás están equivocados, y que ellos tienen la culpa de que sufras y te sientas desdichado». Pocos días más tarde, una semana antes de la Navidad, Tony me entregó un plato de plástico y, sin poder contener la risa, me dijo «Este es mi regalo de Navidad para ti». En el plato figuraba la imagen de una niña pequeña sentada sobre un orinal. «¿Reconoces a esa niña? Eres tú, que ni cagas ni te apeas del orinal». El mensaje era clarísimo. La verdad es que me resultaba sumamente difícil aceptar que los problemas me los creaba yo mismo y que, si quería ser feliz, necesitaba cambiar. * * * — ¡Deja de actuar como un loco! — Pero si no estoy actuando... — ¡Qué razón tienes...!

17

Recuerdo algo que decía Tony acerca de Jesús y de Gandhi: «Jesús predicaba lo que vivía; Gandhi vivía lo que predicaba. El primero estaba mucho más vivo, por-que su enseñanza brotaba de la experiencia de la vida; el segundo era un ser lógico y razonable, y por eso su vida tuvo mucho menos sabor, porque consistía en poner en práctica lo que previamente había sido elaborado por la razón». Sin denigrar a este último, Tony hacía resaltar el valor del primero: «La vida y el amor son para quienes se atreven a arriesgarse, no para los simples espectadores». Personalmente, puedo aducir un llamativo ejemplo al respecto. Durante el mini-Sadhana que hice a finales de los setenta, Tony habló sobre la amistad hombre-mujer entre los religiosos. «No os limitéis a hablar de ello; experimentadlo... y aprended. Ya sé que este tipo de amistad suele llevar al contacto físico. Pero hemos de ver esto como una parte del proceso de crecimiento. Ahora bien, la amistad entre religiosos no requiere necesariamente expresarse de una manera física, la cual puede ser muchas veces perjudicial, especialmente cuando se emplea como un sucedáneo de la sincera comunicación personal». Yo tenía mi propia forma de verlo, pero siempre me la reservé. Cuando, años después, durante otro mini-Sadhana, afirmé abiertamente que la relación con las mujeres no era para mí, Tony no pudo impedir expresar sus dudas: «Lo que ocurre es que hablas desde el terreno de los principios, de la mente, no desde el terreno de los sentimientos, del corazón». La verdad es que me impresionó la argumentación de Tony y su respeto por mi propio crecimiento, pero preferí seguir en lo que él había llamado el «terreno de la mente» y no dar el paso al terreno de la experiencia. Algunos años más tarde, durante los Ejercicios anuales, me vi de pronto frente a una tremenda alter-nativa: o me convertía en un jesuita fríamente intelectual, calculador y cínico, o me relacionaba con las mujeres tal como Tony había insinuado diez años atrás. Opté

por esto último. No ha sido un camino fácil, y he tenido que descubrir mi propia forma de recorrerlo. Pero me ha sido de enorme ayuda la importancia que atribuía Tony a la consciencia, a la necesidad de vivir el aquí y ahora, a la escucha sincera de la voz interior y a la asunción de la responsabilidad personal. Dicen que el amor es ciego, pero yo conozco a un montón de individuos que ven en su pareja el doble de lo que veo yo...

18

En cierta ocasión, acudí a Tony para hablar de mi relación con uno de los hombres del grupo. Se trataba de una amistad incipiente, y yo me debatía en mi interior porque no tenía la seguridad de si debía profundizar en aquella amistad, modificar su rumbo o renunciar del todo a ella. Después de haberle yo explicado cómo y cuándo se había iniciado la amistad y cómo había evolucionado, Tony me hizo una serie de preguntas y, tras escuchar, mis respuestas, me dijo: «Sigue adelante... y a toda máquina». Así lo hice. Aquella amistad dura ya diecisiete años. Gracias a la perspicacia de Tony y al apoyo que me prestó entonces, puedo afirmar que dicha relación es una de las mayores gracias de mi vida. Tanto en este como en otros asuntos, me ha servido de ayuda una parábola que oí contar a Tony y una serie de preguntas que hizo a continuación: Érase un país desértico en el que los melocotones crecían con bastante dificultad. Unas personas santas del país tuvieron una revelación que plasmaron en la siguiente norma: 'No comerás más de dos melocotones al día'. Al cabo de muchos años, alguien descubrió el modo de convertir el desierto en un vergel. Florecieron los árboles y empezaron a abundar los melocotones, hasta el punto de que los árboles apenas podían soportar su peso. Los jóvenes comenzaron a rebelarse contra la norma que restringía su consumo, pero las personas santas estaban decididas a que se observara una ley que, según ellos, había sido revelada por Dios. Algunas personas comían más de dos melocotones al día y se sentían culpables; otras, en cambio, hacían lo mismo y no se sentían culpables. Pero los que proclamaban que no era malo comer más de dos melocotones al día eran castigados». Las preguntas que propuso Tony a la reflexión del grupo fueron las siguientes: ¿Resiste el juicio de la razón tu código moral? ¿Funciona verdaderamente o, por el contrario, te proporciona más tensión interior que paz? ¿Te hace ser una persona menos amable y menos feliz? ¿Se opone en algo al sentido común? Y, de ser así, ¿cómo lo resuelves?

19

Yo llegué a Sadhana después de muchos años dedicado, con bastante éxito, a la pastoral y a la formación de religiosos. Había leído y disfrutado con las obras de Juan de la Cruz y de Teresa de Jesús, tenía una espiritualidad trinitaria y cristocéntrica... y creía. En una de las sesiones, en la que se hablaba de la amistad entre religiosos, dije con mi habitual seguridad: «Yo no necesito a nadie. Tengo a Cristo, y eso me basta». Tony me miró y dijo: «No me gusta nada ese Cristo tuyo. Te ha deshumanizado». No podía creerlo: ¡la clave de bóveda de mi espiritualidad, Cristo, estaba siendo atacada! ¿Y cómo podía alguien decir de mí, que me había agotado en el servicio a los pobres, que estaba deshumanizado? Pasados unos días, me quejé a Tony: «Estás echando abajo todas mis creencias y dejándome sin ningún tipo de apoyo». Y él me dijo: «Eso es algo que hago con muy pocas personas». En los meses siguientes, aprendimos a verificar la verdad de nuestras creencias y suposiciones y del concepto que cada cual tenía de sí.

Personalmente, a pesar de afirmar que no me importaba lo que la gente pensara de mí, pude comprobar que, de hecho, me importaba muchísimo. Desde entonces, me he liberado de muchas de mis antiguas y fervientes creencias y de una gran parte de la agresividad, la suspicacia y la inseguridad que antes solía tener. Actualmente experimento una enorme sensación de libertad y de unidad con todos los seres humanos y con la creación entera. Ahora Cristo y la Trinidad siguen estando en mi vida; pero también lo están la amistad profundamente gozosa, la alegría y el juego.

20

Durante una sesión, dijo John: «Tengo un amigo al que quiero muchísimo. Pero, curiosamente, también siento hacia él, de vez en cuando, un cierto resentimiento. Me desvivo por demostrarle lo que le quiero, pero él parece darlo por supuesto, y yo tengo la continua sensación de que estoy dando demasiado. Y esto es algo que no me gusta de mí...» «Lo que tú tienes», observó Tony, «es un exceso de buena voluntad y de espiritualidad que te paraliza. En la amistad hay que ser capaz de decir: 'Te acepto, te apoyo, y puedes contar conmigo. Pero desearía que me correspondieras y que fueras sincero conmigo'». «La amistad es como un baile: si tú te quedas parado, yo no puedo bailar; en cuyo caso, te dejaré. No voy a sacrificar mi libertad. Puede que ello me cause dolor, pero eso es lo de menos». «Tienes que estar dispuesto a poner en peligro la relación para salvarla».

21

En marzo de 1977, a punto de concluir nuestro maxi-Sadhana, Tony nos dio un consejo lleno de sabiduría: «Cuando deis Ejercicios, guardaos de fomentar las relaciones, porque, sencillamente, es contrario a la ética profesional. Evitadlo a toda costa. En la situación tan artificial de unos Ejercicios, el ejercitante suele depender enormemente de ti, que puedes manipularlo para que haga lo que tú deseas, incluso enamorarse de ti. En una situación en la que existe la posibilidad de que la relación tenga una continuidad, y tú te sientas atraído hacia esa persona y desees realmente relacionarte con ella, puede que resulte inevitable el que la relación se desarrolle imperceptiblemente. Pero unos Ejercicios no son el momento indicado para fomentar activamente una relación».

22

Cuando habían transcurrido unos tres meses de nuestro curso de Sadhana, un buen día Tony nos dijo con toda seriedad: «He decidido que, a partir de hoy, seré uno más del grupo. Fuera de las sesiones de terapia o de situaciones parecidas, en las que no quisiera padecer ninguna interferencia, todos tenemos el mismo derecho a relacionarnos con los demás miembros del grupo y a intervenir en las sesiones o a interrumpirlas». Yo reaccioné de inmediato: «¡Y una mierda, Tony! ¿Cómo puedes decir semejante cosa, sabiendo como sabes que no te llegamos a la suela del zapato? ¡Tus palabras son una broma bastante cruel!». Se produjo un espeso silencio que interrumpió Tony para censurarme sin piedad: «Eso es lo malo de ti: que no eres capaz de creer, que no te atreves a creer en tus propias fuerzas y capacidades y que te acobardas como una gallina». Nunca había visto a Tony tan indignado. Tardé mucho tiempo en comprender por qué había reaccionado Tony de aquella manera: tenía razón. Tony era para mí

como un dios, y yo tenía necesidad de su aprobación. Durante una sesión, en 1976, algunos miembros del grupo expresaron a Tony su deseo de obtener de él un «feedback» personal. La idea me resultó sumamente atractiva, y esperé con ansiedad a que llegara mi turno. «¿Qué opinas de mí, Tony?, le pregunté. «No tengo nada que decir», fue su respuesta, «no necesitas mi aprobación». Aquello fue un golpe que me dolió de veras y que hizo brotar en mí una serie de sentimientos enfrentados. Sólo me quedaba descifrar el mensaje.

Durante un curso de renovación de Sadhana en Lonavla, se hallaban presentes mi amiga «número uno» y otra amiga más del Sadhana anterior. La primera, sumamente intranquila, me urgía a que le dijera cuál de las dos era para mí la número uno. Yo me negué a entrar en ese juego de los números, lo cual no le gustó nada. Finalmente, Tony nos llamó a las dos a su habitación. Después de comunicarnos la una a la otra nuestros respectivos sentimientos y expectativas, ella seguía sin sentirse a gusto. Entonces Tony se dirigió a ella y —con mucho cariño, pero también con mucha firmeza— le dijo: «¿No comprendes que lo importante es que tú te des cuenta de que no eres inferior a nadie en dignidad y en valía?». * * * Eva: «Adán, ¿tú me quieres?». Adán: «¿Y a quién voy a querer, si no?».

23

Sucedió durante una sesión de maxi-Sadhana. Aunque me supuso un enorme esfuerzo, un día expuse ante el grupo un problema personal. Todo el mundo se lanzó sobre mí y, para remate, Tony soltó un auténtico bombazo que acabó con mis defensas. Tras la penosa experiencia, yo apenas podía comer ni beber, y devolví varias veces. Me sentía agotado y completamente solo. Tony había dado órdenes estrictas de que ningún miembro del grupo se reuniera conmigo en absoluto. Y cuando un «buen samaritano» vino a consolarme, Tony se lo impidió. Al día siguiente, Tony dijo ante el grupo que me quería y que sabía que yo poseía los suficientes recursos para afrontar la agonía del crecimiento. El doloroso silencio que tuve que soportar me sirvió para tomar conciencia de la irracionalidad de mis puntos de vista y para adquirir una sabiduría que iba a facilitar mi crecimiento. Con cruel compasión, Tony me había aplicado magistralmente la terapia apropiada. Aquello supuso un cambio decisivo en mi vida. * * *

Durante un curso de terapia en grupo con Tony, poco a poco fui hundiéndome en una depresión. Un día, dos, tres..., y la depresión no desaparecía. Entonces comencé a sentirme muy enojada con Tony: ¿por qué no me ayudaba? De un modo más bien indirecto, le hice saber de mi enojo. Y todo lo que él dijo fue: «Te quiero mucho y me duele verte en ese estado. Pero tienes fuerza de sobra dentro de ti». Había aprendido algo enormemente valioso.

24

Yo era una persona un tanto propensa a los «deberías» y «tendrías que», hasta el punto de ser demasiado legalista. A lo largo de los diversos cursos impartidos por Tony a los que pude asistir durante años, y con la ayuda de su orientación personal, muchos de esos «deberías» fueron quedando arrumbados gracias a que Tony me retaba a examinar de cerca los muchos absolutos que yo mismo me había creado. Al principio me resistía a su desafío, porque sentía amenazada mi seguridad, y discutía con él. Pero Tony, sumamente paciente y comprensivo, no dejaba de animarme a explorar mis miedos desde una reconsideración de mi postura. Y, de hecho, así lo hice. La consecuencia de todo ello fue al principio absolutamente aterradora:

muchos de mis acostumbrados puntos de referencia desaparecieron. Durante algún tiempo, no sabía muy bien adonde me encaminaba. Pero, poco a poco, brotó un nuevo y más profundo yo que me hizo centrarme interiormente y ganar en introspección, y empecé a sentirme más responsable de mi vida y de mis actos. A lo largo del proceso quedaron relativizadas muchas normas y prescripciones, algunas de las cuales sigo aún observando, pero más como «re-glas del juego» que como absolutos. Hoy me siento mucho más libre, mucho más pro-fundamente comprometido con mi Dios y con mi vocación.

25

Durante una sesión de mi maxi-Sadhana, Tony y yo mantuvimos el siguiente diálogo: — Me asusta —le dije— la perspectiva de ser libre y de liberar a otros. Y me molesta que nos impongas tus puntos de vista a base de lavarnos el cerebro y sumirnos en la duda. — Cuanto más libre y seguro me he sentido —replicó Tony—, tanto menos proselitismo he hecho. Nadie puede hacerte dudar ni imponerte cosa alguna. Indícame algo en lo que querrías ser libre. — Dios. Quisiera ser libre de ese Dios Padre... — ¿Quieres decirme lo que significa eso? — Creo que Dios me ama y cuida de mí; pero, a la vez, ese mismo Dios me desasosiega y hasta me produce un cierto resentimiento. — Suponte que lo de Dios Padre es un mito, un concepto para explicar una realidad que es inefable. Ahora trata de trascender el mito y acceder al Inefable. Con tu imaginación, intenta llegar, como si se tratara de un viaje espacial, a la realidad que está más allá del mito. ¿Qué ocurre? — Me siento ir... Los demás están lejos... Me siento fuerte y frío... y tengo una sensación de haberme extraviado... — Sigue con esa sensación de frialdad, de extravío y de fuerza. — Soy un robot con una llama en su interior que quiere propagarse — Sé ese robot con la llama y ponte delante de tu padre. ¿Qué ocurre? (Tony y yo habíamos hablado con anterioridad sobre las deficientes relaciones que yo había tenido con mi padre). — Estoy irritado..., enfadado..., resentido con mi padre... Quiero quitarlo de en medio con mi brazo de acero... Ahora la llama que hay en mí se extingue... — Es porque no has detectado la fuerza que hay en ti cuando estabas frente a tu padre. Ponte otra vez frente a él y reconoce la llama que hay en ti, tu fuerza. — La llama quiere crecer... Tengo miedo... Lucho. .. ¿Conseguiré apagarla?... Me quedo en blanco... — Vuelve a hacerlo. Quédate a solas delante de tu padre y recupera la llama. Emplea en ello el tiempo que haga falta. Poco a poco, descubrí cómo mi resentimiento contra Dios Padre, contra mi padre y contra Tony eran una misma cosa que se sustentaba de una serie de experiencias e imágenes heredadas de Dios y del yo, de una serie de creencias y principios referidos a las relaciones morales y sociales. Confío en que, mientras tomo conciencia de dichas experiencias, imágenes y creencias y me libero de todo ello a pequeños y dolorosos pasos, me encamino hacia ese Inefable del que hablaba Tony.

26

Durante los días de retiro en que hice el Sadhana, tomé conciencia de algo que me resultó angustioso: la Congregación a la que yo pertenecía estaba ahogando mi libertad. Aun asustada de mí misma y desconcertada por el giro que habían tomado los acontecimientos, sentí unas enormes ganas de abandonar la Congregación. «Déjalo estar y no te preocupes ahora de ello», me dijo Tony. Me resultaba difícil, y habría querido discutirlo y zanjarlo en aquel momento, pero seguí el consejo de Tony. Y un buen día, diez meses después, me desperté por la mañana

con el convencimiento íntimo de estar donde debía: la sensación de ahogo había desaparecido. ¿Por qué había querido dejar la Congregación? ¿Por qué, de pronto, volví a sentirme a gusto? Poco a poco, caí en la cuenta de que mi problema no era la Congregación, sino mi madre. Durante los últimos diez meses, había empleado un montón de tiempo en resolver el problema. Tony lo había percibido, y por eso me pidió que lo dejara estar y no me preocupara por aquella urgencia que sentía de dejar la Congregación.

27

En cierta ocasión, tuve un sueño sumamente vivido que me produjo un gran desasosiego: había entrado en una gran iglesia en la que había mucha gente oyendo misa. Al cabo de unos minutos, sentí la necesidad de escapar de allí y, saliendo por una puerta lateral, me encontré en otra gran iglesia en la que había algunas personas rezando. El hecho de encontrarme en otra iglesia me produjo una gran ansiedad. Salí de allí a toda prisa y volví a encontrarme de nuevo en otra iglesia, esta vez absolutamente silenciosa y desierta. Alteradísimo, me precipité hacia una puerta lateral... y me encontré en una cuarta iglesia, vieja, gélida y ruinosa y con las paredes cubiertas de musgo. No había Santísimo, y todas las imágenes habían sido quitadas del altar y arrinconadas en una capilla lateral. Sentí pavor al comprobar que había quedado atrapado. Mientras buscaba una escapatoria, vi cómo la imagen de san Pablo empezaba a moverse y a salir de la capilla lateral refunfuñando como un loco. Completamente aterrado, empecé a sudar y a respirar con gran dificultad... Cada vez que recordaba el sueño y se lo contaba a alguien, todo mi cuerpo reaccionaba. Algún tiempo después, tuve la oportunidad de hablar con Tony y de referirle mi sueño. «¿Cuántos años has sido maestro de novicios?», me preguntó. «Tres», le contesté. «Y el próximo será el cuarto, ¿no?», volvió a preguntar. Y añadió: «Las cuatro iglesias significan los cuatro años de tu cargo de maestro de novicios, en el que te has visto atrapado y que te ha hecho sentirte más solo cada día. A medida que iniciabas el segundo y el tercer año, la gente iba desapareciendo. La cuarta iglesia es una advertencia que se te hace: si no tienes cuidado, se te puede presentar una crisis fatal... un san Pablo refunfuñante». A medida que Tony me hablaba, todas las piezas iban encajando en su lugar. Yo estaba haciendo un buen trabajo como maestro de novicios, pero pagando un precio bastante alto. Era el primer maestro de novicios del nuevo noviciado, y todos los ojos de la provincia estaban fijos en mí y en el noviciado. Mis amigos me habían aconsejado que fuera muy circunspecto y prudente, si quería que el noviciado tuviera éxito. De modo que establecí mis propias normas de lo que debe ser un buen maestro de novicios. Por temperamento, me gusta moverme y encontrarme con la gente. Pero restringí mis movimientos y decidí pasar en el noviciado la mayor parte del tiempo. Dejé de ir al cine y perdí interés en encontrarme con mis amigos y amigas. Aunque me decía para mis adentros que yo no era un novicio y no necesitaba seguir el régimen de vida propio de los novicios, decidí seguirlo para darles ejemplo. Pero todo ello me exigía un enorme esfuerzo, del que se resentía mi oración, cada día más árida. Tony me sugirió que dejara el cargo de maestro de novicios o que modificara drásticamente mi actitud. No podía hacer lo primero, de modo que opté por lo segundo y empecé a aprovechar cualquier oportunidad de moverme, renové mis contactos con mis amigos, volví a ir al cine de vez en cuando y suavicé algunas de las normas que yo mismo me había impuesto. Me sentí nuevamente inundado de vida, y creo que incluso mejoré como maestro de novicios. La apertura y el valor de Tony para cuestionar aun las cosas más básicas, su perspicacia para ver

la realidad, así como el sabor oriental de su espiritualidad, moderaron mis actitudes espirituales y me iluminaron en los más diversos aspectos.

28

El haberme liberado de la religión, de Dios y de una moralidad opresiva ha constituido un importante factor de mi crecimiento durante los últimos veinte años. Un crecimiento que se vio fuertemente acelerado cuando, durante el curso de Sadhana que hice a mediados de los años setenta, Tony me ayudó de diversas maneras a reflexionar sobre esas cuestiones. Ya en aquella época, y hasta el final de sus días, Tony gustaba de citar aprobatoriamente a un autor que había dicho: «En mi larga vida he padecido muchos sufrimientos, pero la religión no ha sido uno de ellos». «¿Necesito de veras acongojarme religiosamente» —solía decir Tony— «para percibir lo incorrecto de una determinada situación y hacer algo al respecto? La finalidad de muchos de nuestros sermones, homilías, exhortaciones morales, etc., no es otra que la de urgimos compulsivamente a la acción y concienciarnos de la necesidad de hacer el bien. Muchas veces ayudo al prójimo 'porque Jesús me pide que lo haga', 'por amor a El', 'porque El también lo hizo', 'porque lo dice la Escritura', 'porque sería pecado no hacerlo', etc. Pero ¿necesito realmente esta droga para ser una persona compasiva, para ser humano? Es mucho más sano dejar que me motive la realidad que me rodea, lo que yo mismo puedo ver y oír». Frecuentemente he descubierto que a mi culpabilidad, a mi ira y a mi agitación subyacía un motivo religioso. Tony me ayudó a verlo sin temor alguno y a liberarme de ello. «Muchas de nuestras emociones negativas y muchos problemas como la insatisfacción, la culpabilidad, el desasosiego, la sensación de inutilidad, etc., se deben a que nuestro componente moralista nos incita constantemente a 'mejorar' y a lograr resultados. Y esa violencia que nos hacemos interiormente alimenta la violencia que manifestamos hacia fuera. En gran parte, el morir a uno mismo, vital para el crecimiento espiritual, se identifica equivocadamente con el matarse a uno mismo. La religión que pretende hacernos buenos acaba haciéndonos malos, mientras que la religión entendida como libertad nos hace buenos, porque no crea ese conflicto interior». — La razón por la que escalo montañas es porque están ahí. — Ésa es precisamente la razón por la que todos los demás tratan de eludirlas dando un rodeo.

29

Durante el año que los jesuitas llamamos de «tercera probación», hice los Ejercicios de mes con Tony, cuyas charlas diarias estaban llenas de intuiciones y de estímulos. Hacia el final de la segunda semana, pronunció una charla sobre la «oración de la fe» o «del silencio» que me causó una gran impresión. Cuando lo hablé con él, se limitó a decirme: «Deja de meditar». Sin entender del todo lo que me había querido decir, recurrí a la simple oración afectiva. Y en el siguiente encuentro personal que tuve con él, me dijo: «¡Basta ya! Deja de pensar, de imaginar, de expresar, etc.». Aquello me dejó profundamente frustrado y desvalido durante unos días, hasta que se produjo un giro inesperado: una intensa y prolongada experiencia de oración profunda sin ningún esfuerzo por mi parte. Aun después de haber pasado veinte años, le sigo estando profundamente agradecido a Tony, que me escuchó, me comprendió y supo intervenir en el momento adecuado. El efecto de aquella gracia se ha prolongado en el tiempo y ha afectado progresivamente a todas y cada una de las partes de mi ser y de mi vida.

30

Durante una de las sesiones de terapia de Sadhana, Sus-hila habló del problema de su profunda depresión. Tras la correspondiente interacción con ella, Tony se dirigió al grupo para hablar de las diferentes formas de librarse de una depresión. Luego se quedó en silencio mirando a Sushila. Y de pronto dijo: «¿También Dios se ha marchado de tu vida?». Ella se echó a llorar, y luego contó cómo Dios, a quien había sentido tan cerca, había desaparecido de su vida, y cómo ahora todo le parecía sin sentido. El grupo observaba un respetuoso y emocionado silencio. Cuando Sushila acabó su relato, Tony nos habló de la depresión espiritual, distinta de las demás depresiones psicológicas. Un miembro del grupo le preguntó a Tony cómo había llegado a la conclusión de que la de Sushila era una depresión espiritual. «Lo he sentido en lo más profundo de mí», fue su respuesta. Un día dijo Tony: «El maestro enseña, mientras que el gurú conduce a la persona al descubrimiento de su propio yo, de Dios y de la realidad. Lo que necesitamos son gurús que hayan tenido la experiencia de Dios, personas experimentadas que puedan conducir a otras personas al misticismo. Está muy bien que aprendáis 'counselling', teología, espiritualidad...; pero no os quedéis ahí: haceos místicos, gurús». Tony creía firmemente —y ponía especial cuidado en hacérselo ver— que el misticismo estaba hecho también para nosotros, y nos ayudó a reconocer las experiencias místicas en nosotros mismos y en los demás.

31

Durante una sesión de terapia, un sacerdote le refería a Tony que se sentía triste, pero que no era capaz de determinar la razón de su tristeza. Dijo también que esa sensación la había tenido una y otra vez durante los tres o cuatro años anteriores. Tony le dijo: «Cuéntame todo cuanto se te haya ocurrido durante los cinco últimos años de tu vida». El sacerdote estuvo hablando durante unos veinte minutos, y ni yo ni los demás, al parecer, fuimos capaces de barruntar la causa de su tristeza. Cuando el sacerdote terminó de hablar, Tony le pidió que repitiera una frase que había dicho diez minutos antes. El sacerdote repitió: «Me fue comunicado el traslado y se me pidió que me presentara en mi nuevo destino en el plazo de tres días, cosa que hice en cuarenta y ocho horas». Entonces Tony le preguntó: «¿No te entristece el hecho de no haberte tomado tiempo para despedirte de aquellos feligreses a los que tanto que-rías?». El sacerdote rompió a llorar. El resto de la terapia fue pura rutina.

32

En cierta ocasión le pregunté a Tony: «¿Qué es la contemplación?». Pero él no dijo ni palabra. Algunos días después, reunidos para cenar junto al lago, donde la luz de la luna llena jugueteaba con las mansas olas, nos hallábamos en absoluto silencio, como si ninguna otra cosa existiera. Casi nos olvidamos de consumir la cena que habíamos llevado. Cuando nos levantamos para regresar, Tony se volvió hacia mí y dijo: «¿Qué es la contemplación?». Un atardecer, sentados bajo los árboles que se alzaban frente al viejo edificio de Sadhana, charlábamos sobre diversos temas. De pronto, Whitey, nuestro perro, que había estado dormitando cerca de nosotros, se irguió sobre sus patas, perfectamente despierto, y se puso a ladrar a un mono encaramado en lo alto de un árbol. Absolutamente absorto en aquella figura, no parecía existir para él nada que no fuera el pequeño simio, cuyos movimientos escudriñaba

implacablemente. Entonces Tony me preguntó: «¿Has visto a Whitey...?». * * * Habíamos salido Tony y yo a pasear y nos habíamos sentado a la sombra de un árbol en lo alto de una loma. Charlábamos de muchas cosas (en realidad, lo que yo hacía era parlotear, usando más la cabeza que el corazón: algo que Tony me había hecho ver más de una vez y que yo solía olvidar). Cuando abordamos el tema del conocimiento consciente, Tony me interrumpió de pronto: «Deja de hablar. Escucha, mira, siente la belleza del lugar, los árboles, los sonidos..., el entorno. Todo ello tiene un montón de cosas que decirte». La conversación se detuvo, y a mí me invadió la paz y el silencio.

33

Acababa de aparecer el libro Sadhana: un camino de oración. Con los ojos risueños, Tony me confesó cómo se imaginaba a la gente comprando el libro, con el deseo de saber en qué consistía el curso de Sadhana, y quedando decepcionada. «¿No pensarán que nos pasamos el día haciendo ejercicios de oración?», bromeó. Tal como yo lo he experimentado, Sadhana no consiste, evidentemente, en pasarse el día haciendo ejercicios de oración, sino que es una forma de mirar la realidad en actitud orante. Como lo formuló un compañero mío, «Sadhana versa sobre Dios, sobre los problemas espirituales, sobre el crecimiento y sobre las personas en el contexto de la vida diaria».

34

Recuerdo una sesión del mini-Sadhana que significó un giro decisivo en mi vida. Yo había presentado ante Tony y el resto del grupo un problema: tenía constantemente la sensación de que yo quería a la gente más de lo que ella me quería a mí... Jamás olvidaré la reacción de Tony: «¿Alguna vez le has dicho a alguien cuánto le quieres?». Y al responder yo negativamente, Tony me dijo: «Entonces, ¿cómo pueden ellos saber cuánto les quieres? ¿Y cómo sabes tú que ellos no actúan precisamente de la misma manera en que tú lo haces?... Es un problema de comunicación». A pesar de su sencillez, este diálogo produjo un impacto decisivo en mi vida. Yo siento un profundo amor por la oración —oro mucho en los Ejercicios, y siempre en el silencio y la soledad más absolutos— y, sin embargo, había llegado a abandonar la mayor parte de mis oraciones formales. Tal contradicción en mi vida me intranquilizaba, y así lo manifesté en un encuentro con todo el grupo. Entonces Tony me pidió que cerrara los ojos y tratara de observar atentamente cuanto sucedía en mí mientras él repetía la frase «Estaba equivocado y estoy engañándome a mí mismo». Al principio me sentí terriblemente mal, luego algo mejor y, finalmente, recobré la calma y le dije cuan profundamente sentía que él no me comprendiera, pero que no tenía la sensación de estar equivocado. Él se puso entonces a repetir la frase «Todos nosotros te estamos diciendo que estás equivocado y que te engañas miserablemente, y todos los expertos en espiritualidad te dicen lo mismo». Tony me preguntó cómo me sentía, y yo le respondí: «Al principio, horriblemente; luego, cada vez más tranquilo; y, por fin, totalmente en calma y con la profunda sensación de que no habéis comprendido lo que es mi oración realmente». Tony no añadió una palabra más; pero aquella interacción me ayudó decisivamente a profundizar en mi vida y en mi oración.

35

«No hago oración y, sin embargo, al mismo tiempo siento el deseo de orar. De hecho, siempre que he orado me he sentido bien; a pesar de lo cual, rara vez lo hago. Por otra parte, no creo que me afecten frases hechas como 'Hay que orar...', 'Un religioso no puede vivir sin la oración...', etc. Todo eso no me impresiona». — ¿Quieres orar hoy? —me preguntó Tony. — Sí. — ¿Cuándo? ¿En qué momento?, ¿en qué lugar?, ¿en qué postura?... En cuanto se me ofreció la posibilidad concreta de orar, empecé a ponerme nervioso. Entonces dijo Tony: «Tú deseas sinceramente orar, pero no te tomas el tiempo y la tranquilidad suficientes para que ese deseo aflore con todo su vigor, porque enseguida te distraes. Siéntate cinco minutos cada día y entra en contacto con tu deseo de orar, como has hecho hace un rato. El preguntarte qué está ocurriendo, qué ganas con ello, qué deseas, etc., puede facilitar el pro-ceso. Deja que el deseo de orar brote con toda su fuerza y naturalidad, y las distracciones y demás desaparecerán. Y entonces orarás, y pagarás gustosamente el pre-cio. Deja que el lodo se sedimente, y las aguas se tornarán claras, y querrás beberías... y orarás».

36

La experiencia es esencial en la espiritualidad ignaciana. Por eso, tanto en su práctica como en su discurso, Tony trataba de recuperar para la experiencia el lugar central que le corresponde en toda búsqueda espiritual y en todo crecimiento. Cuando, mirando hacia atrás, pienso en la dilatada y entrañable relación que mantuve con Tony desde nuestros tiempos de estudiantes, pasando por Sadhana, por los seminarios de oración y por nuestros contactos personales, hay algo que destaca sobre todo lo demás en mi recuerdo: su incitación a vivir el momento presente, la importancia que otorgaba a la experiencia personal y su búsqueda incansable de la verdad. Y no me refiero a la verdad teórica o propositiva, sino a la verdad tal como la vida nos la hace conocer. Esta búsqueda de la verdad y la experiencia se convierten entonces en fuerzas transformadoras de la vida. Este aspecto de la enseñanza de Tony me ha estimulado, y sigue haciéndolo, enormemente.

37

Yo hice mi teología durante los años que siguieron al Vaticano II. El estudio de la fe y de la revelación había sido un verdadero estímulo para mí, por cuanto me había ayudado a trascender la mera formulación y comprensión de las verdades conceptuales. Sin embargo, unos años más tarde, durante el Sadhana que hice a mediados de los setenta, supuso para mí un estímulo aún mayor la penetrante intuición de Tony de que la creencia es diferente de la fe: la fe está íntimamente relacionada con nuestra experiencia vivida. No es fácil expresar con palabras o conceptos la experiencia vital. Y lo mismo ocurre con la fe, que no puede ser reducida a creencias. Esta intuición, que caló en mí muy profundamente, me inspiró un enorme respeto por la experiencia y me hizo descubrir su auténtica profundidad. Mi lectura de la Escritura se hizo mucho más viva y real. Ahora soy capaz de cuestionar con absoluta confianza mi propio sistema de creencias, y cada vez vivo más de la fe. «Cuando uno confunde la fe con la creencia, pierde la fe».

38

Cuando ya llevaba algún tiempo aplicándome su terapia, Tony descubrió mi tendencia a «corregir» tanto las situaciones como a las personas. Mirándome fijamente, me dijo: «John, sólo alcanzarás la verdadera paz y la 'salvación' el día en que aceptes que el mundo y todas las personas y cosas que hay en él son todo lo perfectos que pueden ser ahora. No hay nada que corregir, nada que mejorar. Cuando seas realmente consciente de esto, obtendrás la paz interior». A este tema de la «salvación ahora» solía Tony volver una y otra vez de muy distintas maneras.

39

El día antes de que concluyera el curso de Sadhana, una monja de nuestro grupo quiso someter a nuestra con-sideración un problema personal. Tras escucharla todos atentamente, Tony trató de hacerle ver lo que, en su opinión, constituía una incongruencia en el comportamiento de ella. Cuando la religiosa se defendió, él le dijo sin rodeos que durante todo el curso no había hecho más que evitar el trabajo personal. Tony estuvo sumamente explícito, firme y claro. Cuando acabó, dejó que ella decidiera si quería proseguir o no con el tema. Todos esperábamos que respondiera afirmativamente, pero ella, tras unos momentos de nervios, respondió sonriendo: «Lo dejaré para más tarde». Tony aceptó su decisión y pasó a ocuparse de otra persona. «El silencio puede ser una poderosa arma para romper las resistencias secretas. Yo lo interpreto como el mayor tributo que puede hacerse a la persona humana. Esperar en respetuoso silencio a que el otro esté listo no es en absoluto una pérdida de tiempo».

40

Siendo superiora provincial, yo solía remitir a Tony a aquellas hermanas que necesitaban ayuda. Algunas aprovechaban la oportunidad, mientras que otras, que al principio parecían también haber sacado provecho, enseguida reincidían en sus antiguos problemas, lo cual me frustraba bastante. Por otra parte, tenía que soportar las críticas de quienes ponían en duda la oportunidad de enviar a las hermanas a Sadhana en busca de ayuda. Un día, hablando de esto con Tony, le dije: «¿Pueden cambiar las personas? ¿Puede cambiar su talante?». Y él me dijo: «Pienso que, a medida que me hago viejo, me voy resignando al hecho de que la gente es como es, y que además hay que aceptarlo y aprender a vivir con ello. Creo que la mayor parte de nuestros problemas con las personas se deben a que deseamos, esperamos o exigimos que cambien, y ellas, sin embargo no lo hacen».

El psiquiatra: «Le he estado tratando a usted durante seis meses, y ya está usted curado. Ya no tendrá usted delirios de grandeza ni volverá a creer que es Napoleón» .

El paciente: «¡Fantástico! ¡Ardo en deseos de llegar a casa y contárselo a Josefina!

41

Había acabado yo de escribir un libro y le pedí a Tony que me hiciera un prólogo. Él aceptó de inmediato, me pidió que le dejara una copia del manuscrito y me dijo que él mismo le enviaría

el prólogo a mi editor. Pero éste jamás lo recibió. En cambio, yo sí recibí una carta de Tony en la que me decía: «He cambiado de parecer. Tu libro merece un prólogo mejor que el que yo pueda hacerte. Por otra parte, ni siquiera necesitas un prólogo: el libro se venderá bien de todas formas». Yo sabía que debería sentirme desairado, decepcionado y hasta furioso por su negativa; pero no fue así. Tony había hecho por mí algo más importante que escribirme un prólogo: me había enseñado que era soberanamente libre incluso respecto de la palabra dada. Yo sonreí para mis adentros y guardé como un tesoro la lección.

42

Mi primer encuentro con Tony tuvo lugar en septiembre de 1974. Transcurridos diez años desde mi ordenación sacerdotal, me sentía desilusionado del sacerdocio y de su funcionamiento en la Compañía de Jesús. Casi me había hecho a la idea de abandonar la Compañía. Pero, en un último esfuerzo por «salvar mi vocación», el entonces General, Padre Arrupe, me sugirió —y yo acepté— hacer un largo retiro bajo la guía de Tony. Y he de confesar que quedé tan impresionado por su persona, y en especial por su amor a la pobreza y por la sencillez de su vida, que me sirvió de estímulo para quedarme definitivamente en la Compañía. Mi segundo encuentro con él fue con ocasión de un curso de un mes en Poona, durante el cual pude comprobar muy concretamente que me había hecho demasiadas ilusiones sobre mí mismo y que tenía demasiados prejuicios sobre los demás y demasiadas imágenes falsas de Dios. Aquello me proporcionó una libertad y una intrepidez como nunca había experimentado con anterioridad. En la primavera de 1979 me hicieron una peligrosa operación de corazón a la que, de no haber sido por Tony, que me animó insistentemente, tal vez no me habría sometido. Mientras me hallaba convaleciente, Tony, que casualmente dirigía un seminario de oración cerca del hospital, encontró tiempo para visitarme y me acompañó durante dos noches. Fue aquél un hermoso gesto de compañerismo que me llegó al alma. Más tarde, cuando, en 1985, decidí hacer el maxi-Sadhana, me impresionó comprobar los grandes cambios que se habían producido en Tony. Se había convertido en una persona mucho más interesada por todo cuanto fuera real, que se divertía con un buen chiste y saboreaba una buena comida, que sabía reír a carcajadas y disfrutaba de cada minuto, que gastaba su tiempo con la gente y con la naturaleza... Tuve la sensación de que Tony se había convertido en un vitalista. Mi último encuentro con Tony tuvo lugar el 27 de mayo de 1987, en que concluyó un seminario de oración en Poona. Pude ver el cansancio en sus ojos y una cierta fatiga en todo su porte, aunque es verdad que a lo largo del seminario Tony había estado en su elemento, disfrutando cada minuto. El 1 de junio me enteré de qué Tony había fallecido en Nueva York. Al final de la mañana del 13 de junio pude ver sus restos mortales, y mi mente revivió los ricos y variados recuerdos de los trece años anteriores. El misterio de una intensa y abigarrada vida había sido engullido por el no menor misterio de la muerte... ¿No habría podido vivir otros veinte años...? «Buenas noticias..., malas noticias... ¿Quién lo sabe?».

43

Durante el curso de renovación de mini-Sadhana, en 1984, hablando sobre la persona de Cristo, dijo Tony: «Para mí, Cristo es alguien que fue fiel a sus emociones internas, que obedeció constantemente a su voz interior. Y a la llamada que se nos hace a ser otros Cristos

aquí y ahora hemos de responder con nuestro incesante esfuerzo por obedecer a nuestra propia voz interior, tal como hizo Cristo». Aquellas palabras me permitieron descubrir una nueva dimensión del seguimiento de Cristo: la necesidad de tener en cuenta, por una parte, la propia experiencia y, por otra, la luz que proporciona el reflexionar atentamente sobre ella. La autoridad no es algo sacrosanto. La responsabilidad de mi crecimiento es única-mente mía.

44

Estábamos hablando en el grupo acerca de la situación de pluralidad religiosa en la India, de la salvación de quienes habían vivido antes de la venida de Cristo y de quienes, habiendo vivido después, no habían oído hablar de El, y de la insistencia de la Iglesia en que la salvación viene únicamente a través de Cristo. ¿No habría de correr esta doctrina la misma suerte que había corrido la antigua creencia en que sólo podían salvarse quienes estuvieran sometidos a la autoridad del papa? Mientras discutíamos estas y otras parecidas cuestiones, Tony había guardado silencio. Finalmente, habló: «La afirmación de la unicidad de Cristo y otras afirmaciones similares son mitológicas o poéticas: no pueden ser tomadas en un sentido puramente racionalista y literal. He leído hace poco una reflexión que viene aquí como anillo al dedo: cuando un hombre dice de su mujer que es la más hermosa del mundo, no lo dice por comparación con ninguna otra mujer, sino que está haciendo una afirmación de carácter eminentemente personal. Mientras se mueva en ese nivel, su afirmación tendrá pleno sentido. Pero, si va a donde su vecino y le dice: 'Mi mujer es más hermosa que la tuya', entonces la afirmación empieza a ser ofensiva. Yo puedo afirmar con toda sinceridad que Cristo es único para mí, que Él es la persona y la realidad que para mí tiene más sentido. Esto es todo lo poético y romántico que se quiera, pero es cierto. Y no tengo necesidad de andar comparando el lugar que ocupa Cristo con el que ocupan otras figuras religiosas. Lo único que hago es referir una experiencia que yo tengo». De pronto tuve la certeza de haber dado con lo esencial de la realidad religiosa: la centralidad de la experiencia personal, con independencia de las creencias que se profesen.

45

Una vez le oí decir a Tony: «Si tuviera que presentar a Jesús, diría de él que olvida las cosas que se hacen en su contra, aunque siempre encuentra algo positivo en quienes se le oponen; que tiene muy buena memoria, en cambio, para recordar cuanto se hace en su favor; que transmite su fragancia a quienes le hieren, como hace el árbol con quienes lo cortan. La frase 'Sed misericordiosos como es misericordioso vuestro Padre del cielo' expresa perfectamente quién es Jesús». * ** En viaje turístico por Tierra Santa, un obispo llega a la orilla del mar de Galilea y le pregunta al barquero: — ¿Cuánto cuesta cruzar el lago? — Cincuenta dólares. — ¿Cincuenta dólares? ¡No me extraña que Jesús decidiera cruzarlo andando!

46

Tony solía hacer comentarios como éstos: «Me habían dicho que eras una persona encantadora...», o bien «La primera vez que te oí hablar, pensé: '¡Ésta es toda una mujer!'; ¡y mírate ahora...!». Esto último me lo dijo en cierta ocasión en que no conseguía manifestarme positivamente acerca de determinada persona. Tony me hizo caer en la cuenta de cómo había

echado a perder mi capacidad de ser positiva. Y el primer comentario, aun-que aparentemente trivial, no lo fue tanto para mí en un momento en el que yo trataba de afirmarme interiormente basándome en mi simpatía y mi encanto personales y otra serie de dones que el Señor me había con-cedido y que yo había dilapidado. Cuando hice el Sadhana, estaba esencialmente preocupada por mi crecimiento psicológico, que hasta entonces había ignorado. A medida que pasan los años, trato de integrar en mi experiencia de fe el crecimiento que he experimentado en la vida. Para mí, ahora mismo, crecer consiste en asemejarme progresivamente a Cristo. Éste es el desafío que Tony me ha hecho afrontar: crecer es superar los miedos y ansiedades que provienen de circunstancias que quedan fuera de mi control, comprender el impacto que dichas circunstancias producen en mi vida actual y caer en la cuenta de cómo me mantienen en la adolescencia a pesar de mi edad madura.

47

1986-87: el último maxi-Sadhana con Tony, del que quisiera destacar un episodio que conservo vivo en la memoria y que ha influido decisivamente en mi vida. Durante una de las sesiones, Tony me preguntó: «¿Eres consciente de lo cruel que eres?». Quedé des-concertado, porque no podía aceptar que yo fuera una persona cruel. Alguien que me consideraba una persona amable trató de defenderme, pero Tony insistió en lo que acababa de decir. Necesité un buen rato para com-prender lo que él había querido decir. Al parecer, se refería a mi dificultad para decir «no» a nadie (yo deseaba agradar a todo el mundo y estar en paz con cuantos me rodeaban). Con la ayuda de Tony, pude comprender de algún modo la naturaleza de ese mi «yo», a la vez amable y cruel. Hace unos meses, durante otra sesión, mi terapeuta me hizo una pregunta parecida: «¿Eres consciente de los dos yoes que albergas en tu vida: tu mejor yo y tu yo desconocido?». Había estado empleando una gran parte de mis energías en ganarme la aprobación de los demás, tratando de hacer siempre lo que debía y en el momento oportuno. Mi mente voló al instante hasta aquella sala del Instituto Sadhana, y reviví toda aquella sesión con Tony. Me di cuenta de las energías que había gastado en ganarme la aprobación de los demás... Al comprender lo que me sucedía, el terapeuta me invitó a hablar de ello, y yo lo hice gustosamente.

48

Habíamos estado hablando de la necesidad del cambio en la Iglesia, en la Compañía, etc. El 21 de agosto de 1980, Tony me escribió: «Mi valoración de la situación, en realidad, es la misma que la tuya: a pesar de nuestros esfuerzos, no será mucho lo que podamos conseguir... Pero creo también participar de la actitud hindú de que así es precisamente como se supone que son las cosas... De siempre ha habido una lucha eterna entre el bien y el mal... y ambas fuerzas han de estar más o menos equilibradas... Siempre tendrá que haber aproximadamente la misma proporción de trigo que de cizaña en el campo del Reino... Por eso no soy demasiado pesimista. Me satisface hacer lo que debo hacer... y no haber dejado de hacerlo nunca. Según una hermosa sentencia que he leído en alguna parte, «el pájaro no canta porque tenga una respuesta que dar, sino porque tiene un canto que cantar». Por eso yo estoy contento con cantar mi canto, aun cuando muchas veces todo me parezca falta de sentido...»

49

Durante una sesión de terapia en Sadhana, le conté a Tony cómo me preocupaba lo que la gente pudiera pensar de mí. Él me preguntó si conocía la historia del elefante que llega a la ciudad. Según Tony, cuando un elefante llega a una ciudad, se limita a caminar en línea recta, sin molestarse lo más mínimo en observar lo que la gente piensa o hace. En cambio, el perro, sobre todo si es pequeño, no hace más que ladrar a cualquier otro perro con el que se tropiece e incluso a la gente que marcha en dirección contraria. Aún conservo el dibujo de un elefante que un «sadhanita» hizo para mí aquel mismo día. * ** «Imagínate la felicidad como un estado de libertad interior. Olvida por completo la palabra 'felicidad' y sustitúyela por 'libertad interior'. La libertad interior es la verdadera felicidad».

50

«Y todo irá bien»: en su libro Sadhana, un camino de oración, afirma Tony que ésta es la frase más hermosa y consoladora que jamás había leído. Hoy figura grabada en su tumba esta misma frase, en la que se encierra el mensaje de su vida: el profundo convencimiento de que todo irá bien y de que podemos confiar en la fuerza interior de la vida, porque el Dios de la vida es un Dios de amor, y de un amor incondicional. El episodio en que por primera vez se me hizo patente la verdad de este convencimiento ocurrió en 1976, cuando aún estaba formándome en la Compañía de Jesús y lo que más deseaba era saber lo que habría yo de hacer como jesuita. Aún recuerdo a Tony haciéndome partícipe de los cambios que había tenido que experimentar a lo largo de su vida y de cómo ésta había dado los giros más insospechados. Lo verdaderamente decisivo de cuanto me confió Tony es que lo importante no es tener claramente predefinida cada etapa del camino a recorrer, sino emprender dicho camino dispuesto a vivir la vida a tope en cada una de sus etapas concretas. Lo demás podemos dejárselo a la vida y a Dios, porque bajo su amorosa mirada todo irá bien. A lo largo de mi vida ha habido muchas ocasiones en que he tenido que recurrir a esta verdad. Y, poco a poco, el convencimiento se ha hecho cada vez más pro-fundo y me ha servido de agarradero en distintos momentos de mi vida.

51

En cierta ocasión, cuando mi madre llevaba más de dos años paralítica, soñé que una noche me decía: «Estoy cansada de estar acostada. Vamos a dar un paseo». La ayudé a levantarse y a salir de la habitación, nos dirigimos al jardín y empezamos a pasear alrededor de la casa. Cuando habíamos recorrido la mitad del trayecto, se le cayó un pañuelo que llevaba ciñéndole la cintura. Le dije que yo se lo recogería, pero ella me replicó: «Sigamos; deja el pañuelo en paz». Y seguimos paseando. Entonces vi a mi cuñada y a su hija que venían hacia nosotras trayendo agua y riendo. Volví a decirle a mi madre que yo podría recoger el pañuelo, y ella me dijo: «Déjalas que se rían; eso no nos afecta». Y seguimos paseando. Al interpretar este sueño con la ayuda de Tony, caí en la cuenta de hasta qué punto había estado yo paralizada durante años por los sistemas de creencias, por las doctrinas, por el desmedido sentido del deber, por mi necesidad de agrandar a los demás, por mi temor a lo que los demás pudieran pensar, etc. Cuando lo «vi», quedé liberada, y desde entonces mi vida no ha vuelto a ser la misma.

52 He tenido la ocasión de encontrarme con Tony en di-versas ocasiones. Recuerdo un precioso atardecer en que paseábamos juntos. Hablábamos de cómo habían cambiado nuestras ideas teológicas a lo largo de los años, y yo reconocí abiertamente que, al final, había dejado de creer en un Dios capaz de castigar, rechazar, poner en aprietos o abandonar a los suyos, desde el día en que acepté que el amor de Dios era incondicional. Dije además que ya no creía en todas esas cosas —el limbo, el juicio, el infierno, el purgatorio...— con las que habían tratado de intimidarme con respecto a Dios y a la religión. Con una expresión impenetrable, sin manifestar su conformidad o disconformidad con lo que yo acababa de decir, Tony me preguntó: «¿Crees todavía en el cielo?». No hizo falta que dijera más. Estuve muchos días reflexionando y caí en la cuenta de que también en eso estaba engañado: si había dejado de creer en un Dios del castigo, lógicamente también tenía que dejar de creer en un Dios de la recompensa. Y volví a planteármelo: «¿Quién es ese Dios que trasciende todos nuestros conceptos y proyecciones; ese Dios que es misterio y amor?». Es verdaderamente difícil dejar a Dios ser Dios y limitarse a aceptarlo como misterio insondable. De nuevo comprendí que la teología no es espiritualidad; que los conceptos transmitidos por otros no reflejan, de hecho, lo que es la verdad. Tony tenía una rara capacidad de ayudar a la gente a liberarse de sus autoengaños. Yo aún sigo sintiendo su ayuda.

53

Un buen día, sentí que me había derrumbado, confundido por tantas enseñanzas y doctrinas religiosas, etc. Hablando con Tony, le dije que ya no me parecía creer en nada. Él soltó una carcajada, como si le hubiera contado un chiste, y me preguntó: «¿Quién te ha mandado creer?». Quedé desconcertado. Y, de pronto, caí en la cuenta de lo enojado que me sentía con quienes me habían obligado a creer. Y comprendí que no quería seguir creyendo simplemente porque otros me lo hubieran ordenado. Tony no dejaba de incitarnos a asumir la responsabilidad de nuestros actos, de nuestra propia vida. Y nosotros solíamos reaccionar tratando de forzar a Tony, directa o indirectamente, a que nos dijera la actitud que debíamos adoptar en relación, por ejemplo, con la Eucaristía diaria, con nuestras relaciones, con la intimidad física en nuestras amistades, con la forma y duración de nuestra oración, etc. Pero Tony se negaba constantemente a permitir que su persona o su autoridad nos sirvieran de coartada para eludir nuestra responsabilidad. Sí solía dar orientaciones, pero nunca decidía por nosotros, ni si-quiera implícitamente.

El hijo: «Papá, ¿cuándo seré lo bastante mayor para hacer lo que me plazca?»

El padre: «No lo sé, hijo. Hasta ahora, nadie ha vivido tanto».

54 Mi último encuentro con Tony tuvo lugar un día de 1986, en el que estuvimos paseando a orillas del lago Lonavla. La conversación acabó derivando en el tema de Dios. Yo hablé de mi experiencia personal de Dios como Padre amoroso, y de lo mucho que significaba en mi vida. Tony escuchaba y, en un determinado momento, dijo: «¿Cuándo vas a librarte de Dios, de tu Dios? Estás usándolo como muleta, y no quieres crecer. Vas a necesitar muletas toda tu vida. Prescinde de Él, y a ver qué ocurre». ¿Prescindir de Él? ¿Firme exclusivamente de mis recursos interiores? ¿Recurrir únicamente al Dios que hay en mí? ¿Poner fin a las prácticas religiosas acostumbradas? ¿Dejar de buscar en la Biblia y en los catecismos normas de

conducta? ¿Limitarme a escuchar al Espíritu que habla en mi interior? ¿Someter las doctrinas aprendidas de memoria al test de la razón y la experiencia? ¿Entregarme incondicionalmente en manos del Misterio que obra poderosamente en el universo?... «Un día», prosiguió Tony, «tal vez digas: 'He encontrado a Dios. Lo conozco. Sé cómo es. Está en todas partes: en mí, en la creación, en la Eucaristía...'. Ese día será un desastre para ti, porque habrás encontrado a tu Dios, a tu protector, tan miserable y tan pequeño. Esos dioses —esos ídolos—, a su vez, nos hacen a nosotros miserables y pequeños. Y lo peor es que estamos dispuestos a luchar por ellos. Es aterrador ver cómo la gente habla y amenaza con cosas en las que únicamente 'cree'. Esas personas pueden ser terribles... El Misterio no necesita defensores. El Misterio nos hace humildes». Yo mismo he experimentado la angustia y los riesgos, pero también la recompensa que supone el prescindir de las muletas. Compadécete del pobre ateo que se siente agradecido y no tiene a quién dar gracias».

55

En 1981, durante unos Ejercicios de ocho días para jesuitas que dirigió Tony, un fervoroso estudiante jesuita le dijo: «Si no me equivoco, has dicho con toda claridad que todo cuanto hagamos puede ser una oración; pero ¿cuánto tiempo debe orar un jesuita?». Tony guardaba silencio, pero sin poder disimular una maliciosa sonrisa. El joven insistió: «¿Te importaría responderme?». Tony adoptó un aire de seriedad y preguntó a su vez: «¿Cuánto tiempo te gusta a ti orar?». Nunca lo supimos. El joven jesuita no quiso o no pudo responder. El caso es que no abrió la boca.

56

Aunque yo no he hecho el Sadhana ni ningún otro curso con Tony, soy un gran admirador suyo, porque fue un buscador impenitente de la verdad profunda. Lo que he visto en él es el estimulante ejemplo de un jesuita que tuvo la osadía de escudriñar sin reparos los sospechosos mitos de la religión tal como ésta suele vivirse, y el valor de proclamar en voz alta que «el emperador está desnudo». Y lo decía con una habilidad tan consumada que le permitió sobrevivir sin esfuerzo a las críticas de muchos que se sentían incómodos e intranquilos con sus ideas e intuiciones y que pensaban que Tony constituía un peligro para la ortodoxia de la vida religiosa; lo cual, naturalmente, es probable que fuera cierto. Honradamente, no puedo decir que me haya visto profundamente «influenciado» por Tony en mi búsqueda y en mi formación espiritual. Pero sí es verdad que, en las primeras etapas de mi búsqueda de una espiritualidad y un humanismo significativos para mí, Tony fue un ejemplo que me sirvió de inspiración para hacerlo sin miedo y sin contar excesivamente con la guía de otras personas.

57

En un fin de semana que pasé en Sadhana, Mario, amigo de Tony y encargado de la casa, me dio la única y antigua llave que tenía de una antigua habitación. «No consigo que me hagan un duplicado; de modo que no la pierdas», me avisó. Me fui a pasear a solas por el campo. Mientras contemplaba a los pájaros en su sugestiva danza del sol al atardecer, me introduje en mi «nube del no saber», y cuando desperté, mucho más tarde, descubrí que la llave había desaparecido. Busqué en el canal, cerca de donde había estado descansando, y registré detrás

de cada arbusto. Pero todo fue en vano. Regresé a la cocina para contárselo a Mario, y éste no pudo disimular su enfado. Cuando Mario se fue, yo me puse a rezar a san Antonio, el patrón de los objetos perdidos. Justamente entonces apareció Tony y me preguntó: «¿Dónde está Mario?». Le respondí: «¿Para qué?». Tony, que parecía estar desconcertado, me dijo: «He perdido la llave de mi habitación, y sólo Mario puede abrirme la puerta». Me quedé de una pieza y exclamé: «¡No me digas que también tú has estado dando vueltas por ahí al atardecer!». Parecía sorprendido: «¿Por qué? ¿También tú has perdido la llave?». «Por supuesto que la he perdido», le repliqué; «ahora ya somos dos, y ya no me siento tan mal». Tony se internó por el pasillo y desapareció. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, le dije: «Tony, tengo la sensación de que ayer te inventaste la historia de la llave sólo para que yo me sintiera bien. ¿No es verdad?». Él sonrió y dijo: «¿Qué más da que me lo inventara o no: ¿te haría eso sentirte peor o mejor? ¡Lo importante es que te sientas bien!». Como todas sus historias, y como él mismo, aquella fue una respuesta sabia y encantadoramente objetiva. No existe la buena ni la mala suerte. Lo que es, es.

58

Durante el curso de renovación de 1982, el grupo había decidido hacer una excursión a Ajanta-Ellora, cosa que me apetecía enormemente. Dos días antes de la excursión, Tony se acercó a mí y me preguntó: «¿Podrías hacerme un favor?». «Por supuesto que sí», le respondí, aunque ¿qué favor podía hacerle yo a Tony? Él me metió una cantidad de dinero en el bolsillo y me dijo: «Toma esto: puede que te haga falta para la excursión. Y no se lo digas a nadie». Estando en Lonavla, fui un día a la habitación de Tony y, venciendo mi timidez, le pregunté si podía prestarme un recambio para el bolígrafo. Él se volvió en redondo y, con una expresión de incredulidad en su rostro, me dijo: «¿Será posible que tú, Rita, me pidas a mí, Tony, tu amigo, un recambio para el bolígrafo....?» Durante un segundo, quedé desconcertada. Entonces Tony me regaló una pluma preciosa. Sentí vergüenza de mí misma por haber dudado si podía pedirle algo a Tony, y caí en la cuenta de mi propia tacañería.

Había ido a Sadhana para pasar unos cuantos días y, sobre todo, para poder estar con un buen amigo. Una noche, Tony me llamó a su habitación y, poniendo en mi mano 300 rands, me dijo: «Michael, no creo que en tu provincia te hayan dado mucho dinero. Toma esto, invita a tu amigo a una buena cena y disfruta los días que estés con nosotros». Hallándose mi hermano en la fase terminal de una grave enfermedad, Tony me envió una suma de dinero con una nota: «Mathew, mis mejores oraciones por tu hermano y por ti». Tony nos contó en el grupo esta pequeña experiencia: en cierta ocasión en que iba a viajar al extranjero, un joven jesuita le pidió el favor de traerle un buen balón de baloncesto. A Tony no le entusiasmó semejante en-cargo y, de hecho, se sintió un tanto estúpido cuando, al regresar del viaje, se encontró con el joven y le entregó el dichoso balón, que se las había arreglado para llevar consigo. «Al ver el balón», nos contaba Tony, «los ojos de aquel joven se iluminaron de tal manera, afloró a su rostro tal expresión de gozo, pegó tal salto de alegría, que al instante olvidé todo el engorro que me había ocasionado el viajar con aquel balón». Y sacaba Tony la conclusión de que un regalo no tiene por qué ser correspondido con otro regalo, sino que el mismo placer de recibirlo es la mejor forma de agradecerlo. Yo recordé una frase de Karl Barth: «La alegría es la manera más elocuente de mostrar el agradecimiento».

59

Sucedió en los primeros meses de 1980, durante una sesión matinal de terapia de grupo. Mi problema consistía en que, desde hacía algún tiempo, cada vez sentía más aversión hacia los grupos y las masas, como si algo me obligara a apartarme de ellos; y al mismo tiempo sentía por el silencio y la soledad una creciente atracción que no era en mí algo inusual y que se concretaba en un intenso deseo de vivir en un «ashram»... Tony, me conocía de anteriores encuentros, me miró fijamente, me hizo una serie de preguntas y, con la imaginación, me hizo volver a mi comunidad de Manipur, a mi trabajo con los jóvenes y a las diferentes situaciones que acababa de dejar atrás. Las emociones relacionadas con aquellos años y acontecimientos se despertaron en mí, aunque pude controlarme. Tony me pidió que saliera de la sala, que me quedara a solas, que me tomara el tiempo necesario y que revisara toda la situación una vez más, permitiendo que mis sentimientos fluyeran libremente. Así lo hice y, al regresar hora y media más tarde, le dije que me sentía feliz de haber revivido de nuevo aquella parte de mi vida, pero que, para mi sorpresa, no había llorado demasiado. Él no pareció darle importancia. Luego dijo: «Piensas que al dejar Manipur, tu lugar predilecto, has perdido cuanto de hermoso hay en la vida. Tienes la sensación de que ya no te espera nada bello ni maravilloso... y por eso tratas de alejarte de la vida. Y no es así. Piensa en las personas, lugares y experiencias y en el tipo de vida que has conocido en ese tu paraíso. Siéntete agradecido hacia todo ello... y dile adiós. Tómate tu tiempo, recuerda cada una de tus experiencias y despídete de ellas. Recuerda que te aguardan nuevas cosas, nuevos lugares, nuevas experiencias, nuevas personas, nuevos desafíos... Tienes que morir si quieres vivir. En eso consiste la resurrección: en decir adiós, en desprenderse, en seguir avanzando. Sólo así podrás vivir plenamente. Vivir en plenitud es vivir en el presente. Vivir en el presente es vivir en la presencia. Cuando estés en Kerala, has de estar allí con todo tu ser; ahora que estás en Lonavla, has de estar aquí del mismo modo. Pero tu corazón sigue en Manipur, mientras que tu cuerpo está aquí; y pretendes resolver el problema retirándote a un 'ashram'. Te equivocas. Debes estar donde estás... y estarlo del todo. La vida no es ayer ni mañana. La vida es ahora. Y lo mismo ocurre con el amor.... y con Dios. Vive en el presente para poder experimentar la vida tal como es ahora, porque la vida eterna es ahora; la vida eterna está aquí». Más tarde, durante la Eucaristía, Tony recurrió al tema del morir y el vivir para hablar del gozo de decir adiós. Y yo pude entonces ver bajo una nueva luz el significado de la resurrección. Efectivamente, no me fui a ningún «ashram». Tras aprender a liberarme de la carga del pasado, ahora disfruto de la nueva libertad de vivir plenamente allí donde me toque vivir y trabajar.

60

«Todo aprecio y todo amor no sólo no son necesarios, sino que son un estorbo»: con esta provocativa afirmación inició Tony una sesión del curso de renovación de Sadhana de 1986. «Si nos aficionamos al sabor del elogio y del aprecio, empezaremos a tener necesidad de ellos: una necesidad artificial y adquirida, una invención de la sociedad humana. Una 'necesidad mundana', no una 'necesidad anímica'. Una vez que le cogemos el gusto al aprecio y al amor, manipulamos a quien sea para conseguirlos, nos prostituimos a nosotros mismos con ese fin, nos sentimos desdichados y deprimidos cuando no los obtenemos, lo comparamos todo a su luz, y los empleamos para adquirir poder e influencia. Necesitamos menos 'emoción mundana' y más 'emoción anímica': disfrutar de la naturaleza, de la intimidad, de una puesta de sol, de la

risa...: de todos los placeres de los sentidos que no obedecen a la compulsión ni a la necesidad de compensación».

61

A lo largo de diferentes sesiones, pude hacerme cada vez más consciente de mí mismo, identificar mis sentimientos de envidia y de ambición, mis intenciones ocultas y mis juegos. En gran parte, yo era capaz de tomar decisiones objetivas, de abrigar sentimientos saludables y de adoptar normas de conducta. Siempre que lo he hecho, he percibido en mi interior amplitud de espacio y sensación de liberación. Luego me hice consciente de mi sensación de orgullo y de superioridad. Y finalmente empecé a preguntarme: «¿De qué sirve liberarse de un sentimiento negativo si luego te sientes orgulloso de ello?». La respuesta de Tony me vino en forma de cuento. Le preguntó el discípulo al Maestro: «¿Qué entiendes por 'iluminación'?». Y el Maestro le dijo: «Antes de alcanzar la iluminación, solía estar deprimido; después de haberla alcanzado, sigo estando deprimido. Pero hay una diferencia: antes de alcanzar la iluminación, la depresión me hacía sentirme desdichado; después de haber alcanzado la iluminación, la depresión va y viene sin alterarme en lo más mínimo. Es algo así como la nube que va y viene por el cielo»... Observa cómo el orgullo va y viene. Hoy es el orgullo; mañana será cualquier otra cosa. Observa cómo van y vienen. Sé consciente. Lo mismo ocurre con el discernimiento. Muchas veces buscamos la voluntad de Dios en la oscuridad, cegados por nuestras emociones y prejuicios. Observa cómo van y vienen. En la transparencia y luminosidad subsiguientes hay que ser capaz de discernir libremente.

La madre: «Tienes la cara limpia; pero ¿cómo te has ensuciado las manos de ese modo?».

El hijo: «Lavándome la cara».

62

Hubo un tiempo en que yo era una persona sumamente crítica. Cuando le hacía ver a Tony la indignación que me producía el comportamiento de algún miembro de mi comunidad, él me invitaba amablemente a mirar en mi interior y a tratar de descubrir por qué estaba tan indignado y me mostraba tan crítico. ¿Qué había en mí que me impedía considerar dignos de amor a los seres humanos a pesar de todo cuanto de impropio pudiera detectar en ellos? ¿Qué era lo que impedía a mi corazón comprender que unos cuantos errores no les hacían me-nos dignos de amor, del mismo modo que mi propia debilidad y mis propios errores no me hacían menos digno de amor a los ojos de mis amigos? Me ha impresionado enormemente comprobar la cantidad de personas que, después de la muerte de Tony, han afirmado haberse sentido personalmente amadas por él. La Biblia nos manda amar a nuestros prójimos y amar también a nuestros enemigos, probablemente porque unos y otros suelen ser los mismos.

63

Yo tengo tendencia a reaccionar ante los demás, a sentirme «retado», y ello influye negativamente en mi comunicación con ellos. Pero Tony me dio un consejo que, a pesar de su sencillez, me ha sido de gran ayuda durante mis seis años como provincial: «No consideres

cualquier cuestionamiento de tu autoridad por parte de un súbdito como un acto de desobediencia o como un ataque a tu persona; considéralo más bien como un problema del individuo en cuestión, que es lo que suele ser». Y en otra ocasión dijo Tony: «Muchas veces confundimos lo que las personas nos dicen con su relación con nosotros. Entonces somos presa de nuestra inseguridad, etc., y percibimos sus palabras como un juicio o un desafío, como algo descalificador y humillante...»

64

En una puesta en común durante unos Ejercicios, surgió el tema de lo que muchos considerábamos una contradicción en la vida de Jesús: ¿cómo era posible que quien había recomendado a los suyos que aprendieran de las aves y los lirios del campo y que no se preocuparan por su vida y su subsistencia, se sintiera tan deprimido y angustiado antes de morir? ¿Es que no practicaba lo que predicaba?... Haciéndonos ver cómo confundíamos la piedad con la espiritualidad, Tony nos dijo: «Muchas de nuestras dificultades y de nuestras emociones —positivas y negativas— son fruto de nuestros condicionamientos. Ser espiritual significa comprender que uno no es sus depresiones ni sus ansiedades. Ser espiritual no significa que uno no pueda tener de-presiones y ansiedades, sino que acepta amorosamente cuanto le sobreviene. Supongamos que una persona padece un grave complejo de inferioridad. Hagas lo que hagas, esa persona se altera toda ella, se irrita, etc. ¿Puede esa persona alcanzar la iluminación, la espiritualidad? Por supuesto que sí. Puede incluso padecer las dificultades psicológicas que se quiera y, sin embargo, ser muy espiritual... si comprende que sus complejos, sus miedos y sus tras-tornos son algo así como los nubarrones. Ver a Jesús, como querríais vosotros, 'por encima' de todo tipo de angustias y ansiedades es puro y simple piadosismo. Es una visión superficial de Jesús y de lo que Jesús dice; y, desde luego, no es un Jesús de carne y hueso. Cuando Jesús habla de no preocuparse por la propia vida y subsistencia, lo que propone es que, nos sintamos angustiados o no, sepamos aceptar cuanto su-ceda. Ahora bien, esto no se fabrica; esto brota espontáneamente de la comprensión y la visión de algo». Estas ideas de Tony me han ayudado a conservar mi equilibrio, a no permitir que se prolonguen mis estados de melancolía o de irritación, a disociar los hechos de mi persona, especialmente cuando he desempeñado algún cargo de responsabilidad; me han hecho caer en la cuenta de cuan a menudo las personas no reaccionan realmente contra mí, sino contra el papel concreto que yo desempeñe en ese momento. Tales ideas han sido decisivas en mi vida; y cuando ahora evoco aquellos años —nada fáciles, por cierto—, constato cuanto me ha ayudado el ser espiritual en el sentido en que Tony lo entendía.

65

Al final de una sesión de grupo en Sadhana, que me había servido de gran ayuda, me sentí como un reloj. Pero a los pocos días ya había vuelto a ceder a los sentimientos de envidia, angustia, etc. Por si fuera poco, me sentía avergonzado ante el grupo por haber recaído. Haciendo de tripas corazón, pude, sin embargo, hablar de ello en la siguiente sesión. Tony preguntó: «¿Os ha hecho perder vuestra estima por Paul el hecho de que el otro día revelara él mismo ante el grupo su debilidad?». «Todo lo contrario; nuestra estima por él ha crecido», fue la respuesta. Y dirigiéndose a mí, me dijo «Entonces, ¿por qué piensas tú que el revelar tu

debilidad te va a hacer perder el afecto y la estima de los demás?». Aquello me hizo reflexionar: ¿No estoy proyectando en los demás mis propios sentimientos y estados anímicos? ¿No puedo amarme a mí mismo a pesar de mi supuesta debilidad? ¿No puedo amar a los demás a pesar de sus debilidades? ¿No puede una persona criticarme sin dejar de amarme? ¿No puede uno enfadarse con otro sin perder su afecto hacia él?... Estaba aprendiendo las primeras lecciones de cómo hay que amarse a sí mismo y cómo hay que amar a los demás tal como son. Recuerdo también otras palabras que me dijo Tony unos días después y que me produjeron un profundo y duradero efecto: «Te preocupa la posibilidad de que lo que dijiste el otro día haya sido malinterpretado por alguien, y querías explicar y aclarar el posible malentendido. Cuando, con el tiempo, tengas que hacer trabajos más importantes y tratar con toda clase de personas, seguramente muchas de ellas te malinterpreten. Para aclarar todos esos malentendidos, tendrás que estar viajando constantemente de aquí para allá... ¿Qué importa, John, el que algunas personas te malinterpreten? ¿Qué importa?». En 1987 le hablé a Tony de una serie de injurias, humillaciones, etc. que había tenido que soportar en los últimos meses. Y su respuesta fue, más o menos, la siguiente: «¿Quién es ese 'yo' del que hablas, un 'yo' que puede ser injuriado, humillado y todo lo demás? ¿Tu cuerpo?, ¿tu mente?, ¿tu alma?... Ciertamente, la mente o el alma no pueden ser injuriadas ni humilladas por lo que alguien haya dicho o hecho; de modo que quien es injuriado, etc., es un 'yo' que tú postulas. Estás habituado a pensar que hay un 'yo' y que hay determinadas cosas que le afectan. Pero se trata de una ficción creada por tu propia imaginación o por la sociedad. La liberación sobreviene cuando uno comprende que no hay 'yo' susceptible de ser herido, amado, apreciado, rechazado... El 'yo' como sujeto de 'buenas' y malas 'experiencias' es un mito profundamente arraigado en nuestro espíritu». No lo comprendí, y aún sigo sin comprenderlo. Y tengo la impresión de que en este tema hay algo más que lo que el propio Tony podía ver. En cualquier caso, podría afirmarse —como, de hecho, han afirmado algunos— que Tony tenía una profunda experiencia en el terreno de la superación del yo, y que era esa experiencia la que él exploraba y transmitía con sus enigmáticas afirmaciones acerca del yo y del ego. La idea de que no hay realmente un «yo» susceptible de ser afectado positiva o negativamente, ni por el que preocuparse, sigue todavía intrigándome.

El maestro: «¿Qué diferencia hay entre una marsopa y un delfín?»

El alumno: «Eso digo yo: ¿qué diferencia hay?».

66

Me encantaba el paseo que, cada semana, solía dar con Tony hasta el lago Lonavla durante el maxi-Sadhana. Invariablemente, nos sentábamos sobre el parapeto del puente y, en absoluto silencio, contemplábamos cómo se ponía el sol al otro lado del lago. (Más que contemplarlo, yo diría que lo interiorizábamos, lo absorbíamos. ..). «No verbalices la escena, Geeta», solía decirme Tony; «límitate a mirar cómo van y vienen los colores». Y mientras absorbíamos los colores, las luces y las sombras, los cambiantes matices..., se detenía el tiempo. «Cuando miro el horizonte» —dijo Tony en cierta ocasión, con la mirada fija en la distancia—, «pienso en la creación. El tiempo linda con la eternidad. Me pregunto de cuántos millones de puestas de sol habrá sido testigo este lugar. Pienso en la energía vital de los millones de personas que han

contemplado o contemplarán la puesta de sol antes y después de nosotros. Tú y yo somos dos partículas insignificantes, pero infinitamente valiosas, en el corazón del Universo, que late al unísono con el Corazón de Cristo. Si los seres humanos contemplaran la infinitud del espacio y dejaran que su corazón sintonizara con el Alma Universal, cesarían en su frenética búsqueda del poder y del dinero». Durante unos instantes, pensé con desasosiego que lo de «la energía vital de los millones de personas que nos han precedido» y lo de «sintonizar con el alma universal» eran conceptos paganos. Sin embargo, aquellos conceptos y aquel atardecer junto al lago despertaron en mí una profunda ansia de vivir mi vida en plenitud, consciente de que el tiempo y el espacio encierran mucho más que lo que nuestros ojos perciben Pero aún hay más. Mientras nos acercábamos al lago durante otro de nuestros paseos semanales, concretamente un sábado, de pronto Tony se detuvo. Cuando, al cabo de unos instantes, reanudó la marcha, me habló de la muerte, de la separación y del dolor, ideas con las que había estado debatiéndose en aquellos días. En aquellos silenciosos instantes había «visto» con toda claridad que el apego a algo o a alguien conlleva dolor y privación de libertad. Tony era profundamente leal a sus amigos, a algunos de los cuales amaba entrañablemente. Pero en aquella ocasión dijo: «Estoy atado a mis amigos por un tenue hilo que me impide volar y que todo mi ser ansia cortar. Todo mi ser suspira por esa exultante sensación de libertad; pero una parte de mí disfruta avanzando a rastras». Fue por entonces cuando escribió las meditaciones que fueron publicadas después de su muerte con el título de Una llamada al amor. Aquel mismo día, después de contemplar la puesta del sol, paseamos en silencio durante un rato. Cuando llegamos al final del puente, Tony se detuvo y dijo: «Creo que el nuevo edificio de Sadhana será mi mausoleo. Sé que no voy a vivir en él demasiado tiempo. Lo veo con toda claridad. Mi vida está llegando a su término». Sus palabras me asustaron. No podía imaginar que fuera a perderlo. Sin embargo, sentía en mi corazón que, si de veras le quería, tendría aceptar su marcha. Un año después, cuando recibí la noticia de su muerte, me asaltó el recuerdo de aquel atardecer. Y supe que el mayor regalo que me había hecho había sido la puesta de sol.

67

Le había enviado a Tony una copia de un artículo en el que yo sugería que la oración no es para obtener nada de Dios ni es ninguna obligación, sino que la oración es un fin en sí misma, como lo es una expresión de amor, y mejor aún si se hace en silencio. Después de leerlo, me escribió: «Anoche me senté a leer tranquilamente tu artículo. Me resultó sumamente interesante y hasta atrevido. Sin embargo, como tú mismo me has dicho más de una vez, no es posible expresar por escrito toda la verdad. Yo mismo he llegado a la conclusión de que toda oración (en el sentido en que solemos entenderla tradicionalmente) es una pura pérdida de tiempo. Para lo único que sirve es para satisfacer la necesidad compulsiva e imaginaria que mucha gente tiene de aplacar a alguna deidad. No deja de ser trágico comprobar las horas que se pierden en dar culto y que podrían haber sido mejor empleadas en leer un buen libro o, mejor aún, en crecer en autocomprensión y en autoconocimiento. Dicho esto, debo añadir que me he hecho mucho más radical en mi forma de pensar y mucho más atrevido —tal vez hasta temerario— en mi forma de expresarme. A finales de abril de 1987 dirigiré uno de mis seminarios de oración en Poona en el que pienso cambiar, no sólo el método, sino también una gran parte del contenido. Incluso he dejado de llamarles 'seminarios de oración' para

llamarles 'cursos de espiritualidad'. Si la vida sigue teniendo interés para mí, es porque procuro no dejar de cambiar».

68

He tenido la suerte de compartir muchos momentos de sosiego y tranquilidad con Tony. Los más memorables fueron los dos días que pasé con él en Sadhana, de regreso del último seminario que dirigió en Pona. Fue una semana antes de su muerte. En aquella ocasión dijo un montón de cosas que recuerdo perfectamente. Cosas que he aplicado a mi agitada vida en los últimos meses y que me han resultado sumamente eficaces y me han proporcionado una indecible paz y felicidad: 1. Un corazón agradecido nunca será desdichado. 2. Al despertar cada mañana, recuerda que tal vez no veas el día siguiente. Si lo haces, disfrutarás cada uno de tus días. 3. Piensa en la muerte y empezarás a vivir. Nunca pensamos en la muerte; por eso nos aferramos a las cosas y a las personas y acabamos llevando una vida miserable, temerosos de perderlas. 4. No te apegues a las cosas de la vida; disfrútalas, simplemente. Recuerda que un día tendrás que dejarlas y no podrás llevártelas contigo. ¿Merece la pena la aflicción que nos produce el tratar de conservarlas? 5. «Si me muero mañana —y sé que voy a morir—, lo que más feliz me haría sería haber ayudado al mayor número posible de personas: mi estancia en la tierra habría sido útil a la humanidad». ¿Pueden muchos decir esto de su vida? ¿Empleamos el tiempo en hacer cosas para nosotros mismos o en ayudar a otros? 6. Siempre tenemos lo que necesitamos para ser felices. Lo malo es que nos obsesionamos con lo que deseamos y no podemos tener, y por eso somos desdichados.

69

Me costaba enormemente enfrentarme a la gente airada y violenta. No podía soportar sus gritos. Se lo había contado a Tony hacía tiempo, y él me había enseñado diferentes ejercicios que apenas me ayudaban, porque solía quedarme paralizado en tales situaciones. Pero en cierta ocasión, en lugar de indicarme un ejercicio, prefirió darme la siguiente explicación: «Cuando te encuentres con una persona molesta, no la consideres como un ser cruel, estúpido, etc., sino como un ser asustado, que es precisamente lo que es una persona airada o violenta. Todas las emociones negativas tienen que ver con el miedo. Cuando una persona se muestra agresiva y airada, es porque en ese momento no sabe de qué otro modo liberar su tensión o su miedo. Si cometes el error de considerarla una persona cruel u odiosa, ello influirá decisivamente en tu forma de tratar con ella y te hará tener miedo de ella, porque la negatividad en una persona suscita negatividad en la otra. Por eso, si adoptas una actitud negativa hacia ella, no podrás tratarla con tacto y prudencia. Fíjate en lo que ocurre cuando comprendes a una persona. El proceso es justamente el contrario: en lugar de que su negatividad revierta sobre ti, tú le transfieres tu positividad. Inténtalo en una situación concreta, y comprobarás cómo cambian las cosas». En otra ocasión, cuando le pregunté a Tony cómo podía yo protegerme de la crueldad de los demás, de alguien que me hiciera daño o fuera cruel conmigo, me contestó en la misma línea: con comprensión.

70

Tony me enseñó a buscar consejo y fuerza, ante todo, en mí mismo. «Cuando veas claramente que una postura o una opinión que has adoptado están totalmente libres de toda influencia de tu ego, entonces tendrás la fuerza necesaria para obrar en consecuencia». En cierta ocasión, me escribió: «De momento, no experimentas la fuerza porque no te ves a ti mismo con claridad. La verdad te hará libre. Si logras conocerte tal como eres, sin mezcla alguna de mentira, adquirirás la firmeza. Y entonces podrás hacer frente a todo y a todos».

Examinándome a fondo, comencé a descubrir lo que estaba haciendo conmigo mismo: mi manera poco honrada de relacionarme con mis pensamientos y sentimientos, mi dificultad para aceptar todo tipo de observaciones sobre mi persona... Gracias a esta continuada labor de introspección, empecé a disfrutar de una mayor libertad y serenidad a la hora de hacer frente a situaciones adversas, y en este sentido Tony supo ofrecerme una cálida comprensión y un tierno y afectuoso estímulo.

71

Durante los últimos años de su vida se estaba produciendo en Tony un significativo cambio que yo, debido a mi estrecha relación con él, pude percibir claramente. Tony solía escribirme con mucho detalle acerca de sus ideas y experiencias. En cierta ocasión, me decía: «Siento como si me viera internamente obligado a seguir este nuevo camino, irresistiblemente urgido a vivir única-mente en el presente». Ello le indujo a adoptar decisiones indudablemente dolorosas, pero yo le comprendía y jamás dudé de su afecto hacia mí. Un día le pregunté: «¿Hay lugar para las emociones en tu nueva visión de la realidad?». «Por supuesto que lo hay, querido», me respondió; «de lo contrario, la vida sería totalmente insípida. Para lo que no hay lugar es para las emociones negativas: todos esos sufrimientos son una verdadera pérdida de tiempo y un derroche inútil de lo más valioso de la vida. Las emociones negativas son siempre consecuencia de nuestras percepciones e ideas erróneas. Ahora bien, para las emociones positivas hay todo el lugar que se quiera, con tal de que dichas emociones provengan de la realidad presente, no de los recuerdos del pasado, porque volver al pasado significa volver a lo que ya está muerto». Sí, comprendí a Tony y le amé aún más, pero con un amor nada posesivo. Y ello ha supuesto una profunda experiencia en mi vida.

72 En una de las últimas sesiones de mi maxi-Sadhana, Tony repitió una idea que ya había expresado con anterioridad: «Si no progresas, no será por falta de buena voluntad, sino por falta de memoria... No te confíes por el hecho de que en un determinado momento hayas experimentado un avance espectacular, porque sus beneficios irán desvaneciéndose si te olvidas de reforzarlos con la práctica diaria. Tus neurosis y tus episodios de depresión no van a desaparecer. Cuando se presenten, recuerda lo que has aprendido de ellos y cómo has conseguido superarlos. Insiste en poner en práctica las nuevas pautas, las nuevas respuestas, las fantasías y ejercicios que te han ayudado. Con el tiempo, puede que amaine el control que ejercen sobre ti los viejos hábitos. En cualquier caso, no serás el mismo, con tal de que perseveres en la práctica cotidiana. Serás como aquel tipo que, pocos meses después de su curso de Sadhana, decía a su comunidad: 'Sigo metiéndome en aprietos un montón de veces, pero ahora me río más y, desde luego, estoy mucho más en paz'. O como aquel otro —añadió Tony con una maliciosa sonrisa— que se meaba en los pantalones cada vez que se veía ante su

jefe; éste, que no dejaba de ser una buena persona, le envió a un urólogo, el cual, a su vez, le remitió a un psicólogo. '¿Te ha sido de ayuda el psicólogo?', le preguntó un amigo. 'Sí: antes, el asunto me hacía sentirme bastante mal; pero ahora ya no'».

Un vagabundo llamó a la puerta de un granjero y le pidió que le diera algo para comer. «¿Es usted cristiano?», le preguntó el granjero. «Por supuesto», respondió el vagabundo, «¿o es que no lo ve? Fíjese en las rodilleras de mis pantalones: ¿no es eso una buena prueba?». El granjero y su mujer repararon en las agujereadas rodilleras de los pantalones de aquel hombre y, sin dudar, le dieron lo que solicitaba. Cuando el vagabundo se dio la vuelta para marcharse, el granjero le preguntó: «A propósito, ¿cómo se ha hecho esos agujeros en la culera de los pantalones?». «A base de reincidir», dijo el vagabundo.

«...tan feliz, tan libre...»

Bombay, a comienzos de la década de los setenta. Tony es director espiritual de los jóvenes estudiantes jesuitas. Un día, tuvimos que llevarlo a toda prisa al hospital, aquejado de fuertes dolores en la zona lumbar. Los médicos diagnosticaron una deshidratación. Por lo visto, había estado experimentando con el ayuno, y durante casi una semana no había ingerido absolutamente nada, ni siquiera agua. Una vez que se hubo recuperado, Tony me dijo: «Puedes privarte de la comida, pero no del agua. El sistema necesita ser regado». Tony había aprendido de la experiencia, y esto era importante para él. Tony había estudiado la Filosofía en España, donde conoció al P. Calveras, el cual, incluso en aquellos años preconciarios, afirmaba que «la oración de los jesuitas se ha hecho demasiado especulativa, a pesar de la enorme importancia que daba Ignacio a las emociones en la oración». Tony quedó profundamente impresionado cuando el P. Calveras le preguntó: «¿Cómo oras tú? Describe cómo es tu oración...» Tony pensó: «He aquí a un verdadero gurú». El guía espiritual estaba despertando en él. Recuerdo que una vez me dijo Tony: «He pensado en experimentar con las drogas bajo la supervisión de un médico». Deseaba conocer las cosas desde dentro para poder hablar desde la experiencia a la hora de guiar a otros. Sin embargo, por lo que yo sé, jamás hizo tal experimento...

Era muy propio de Tony desear compartir cuanto tenía, lo cual le ocasionaba un gran placer. (Tony habría preguntado maliciosamente: «¿Sabes si era un placer en el que consentía?»). El caso es que, como vivía en proceso constante de búsqueda y descubrimiento, Tony tenía un montón de cosas (libros, experiencias, anécdotas, ideas...) que compartir. Se empleaba con todo su ser en explorar, investigar y experimentar con sus descubrimientos, desechando unos e integrando otros. Luego enriquecía a los demás con sus hallazgos.

Tony estaba leyendo la vida de Swami Ramdas, por quien sentía auténtica fascinación, y compartía sus reflexiones y consideraciones con los «jóvenes» jesuitas. Insistía Tony en que hombres como Swami Ramdas eran santos indios dignos de imitación. Los «jóvenes», entusiasmados con su figura, empezaron a imitar su forma de vestir, y en pocos días andaban todos ellos vestidos con dhoties y sadrás. Cuando un jesuita de cierta edad mostró su extrañeza, Tony le dijo con todo aplomo: «Los jóvenes necesitan expresar su creatividad, y es

mejor que lo hagan de un modo constructivo. ¿Preferiría usted que vistieran pantalón vaquero y camiseta y cantaran música pop?».

Tony sabía «vender su mercancía», y él era perfecta-mente consciente de ello. En más de una ocasión le oí decir: «Yo puedo ser peligroso. Con mi capacidad de persuasión puedo convencer al mismísimo diablo».

Regresando una vez de nuestro acostumbrado paseo, Tony me dijo que su gran sueño era contribuir a la educación de los niños pobres, para lo cual deseaba crear un fondo en el instituto Sadhana. Aquel mismo día ñu dijo también que creía llegado para él el momento »lr dejar Sadhana en manos de otra persona.

Le pregunté una vez a Tony si no se sentía orgullo del nuevo edificio de Sadhana que estaba erigiendo con el dinero que él ganaba con sus libros y sus charlas, Tony soltó una carcajada y me dijo: «Alguien me con cedió la habilidad de decir bla, bla, bla... y recaudé algún dinero. Si tú tuvieras esa misma habilidad, también dirías bla, bla, bla... y recaudarías dinero. ¿De qué voy a estar orgulloso, entonces? No es mérito mío»

Una tarde, paseando con Tony, hablábamos de la libertad y la felicidad. De pronto, Tony se detuvo y tras unos segundos de silencio, me dijo: «¡Cómo me gustaría poder mostrarte lo que estoy viendo...! Pero tendrás que descubrirlo por ti mismo». Luego emprendimos de nuevo la marcha y reanudamos nuestra conversación.

En 1985, durante un seminario de oración, Tony se esforzaba un día por transmitirnos su mensaje: «No podemos conocer a Dios... En el momento en que le pones nombre a una flor, estás perdiendo la realidad de ella en ti, en el momento en que le pones nombre a Dios, estás perdiendo a Dios». A lo cual, un del grupo le dijo de modo tajante: «Tony, tú no tienes ni idea de metafísica». Tony no le replicó, pero más tarde me diría «La verdad es que me ha herido ese comentario. Muchos creen que yo no siento daño. Por supuesto que lo siento, y quiero seguir pudiendo sentirlo».

Yo apreciaba enormemente a Tony, porque le consideraba una persona extraordinaria. Pero, cuando trato de evocar mis encuentros con él, me sorprende comprobar que, en su gran mayoría, fueron negativos. No me gustaba la forma en que argumentaba «ad hominem» para eludir la discrepancia y la confrontación. Yo mismo fui varias veces víctima de este proceder, y ello me hizo daño, me produjo confusión y me distanció bastante de él emocionalmente.

Tony me dijo: «Primero me entregué de lleno a dar Ejercicios. Luego comprobé que el 95 % de los religiosos no están preparados para hacer Ejercicios, porque se lo impiden sus problemas psicológicos. De modo que creé Sadhana, y ahora dedico a ello todo mi tiempo». Luego, con una chispa de ironía en su mirada, añadió: «¿Qué vendrá a continuación? No lo sé... Tal vez me case...».

En cierta ocasión, pocas semanas antes de su muerte, me dijo Tony: «Si pudiera volver atrás, ahora mismo no escribiría el libro Sadhana». En suma, lamentaba haber escrito su libro más traducido... Y la verdad es que no estoy muy seguro de por qué

Yo le oí decir a Tony varias veces lo que dijo ante más de cuatrocientas personas en España: «Ya no me identifico con mi primer libro, Sadhana, que no representa mi actual modo de pensar. Si permito que se reimprima, es porque mis editores así lo quieren».

En 1977, Tony nos dijo que la forma de respiración consciente llamada anna-panna era el único método de oración que él venía empleando desde hacía tiempo. Y narró el siguiente episodio: «El otro día, estaba como un niño atemorizado, carente de toda paz y consuelo. Entonces mi instinto me hizo salir al jardín y concentrarme en mi respiración. Y enseguida mi yo recobró la calma».

Nunca observé en Tony la menor debilidad. Lo cierto es que yo le tenía miedo, y a veces me inspiraba aversión, especialmente cuando estallaba en carcajadas. Siempre guardé distancias con respecto a él, y no creo haber estado nunca dispuesto a encontrarme con él de hombre a hombre. En sus escritos se mostraba verdaderamente atractivo, pero personalmente me resultaba repulsivo. En mi último encuentro con él, que no fue precisamente agradable, me sentí rechazado por él, que dijo estar harto de mi infantilismo y de mi sensación de impotencia.

Saliendo una tarde del edificio de Sadhana para dar un paseo, Tony me dijo: «Me sucede algo extraño: hago un montón de cosas que no tengo proyectado hacer. De hecho, no las hago yo, sino que se hacen ellas a través de mí».

El 14 de marzo de 1985, escribía Tony: «Últimamente no me he sentido demasiado bien, y sospecho que tiene que ver con mi presión sanguínea, de la que no me he preocupado en los últimos tiempos. En fin, supongo que debo aprender la lección de que, a medida que pasan los años, no me hago más joven...».

De una carta de Tony a principios de 1986: «...hay muchas cosas sobre las que querría escribirte, pero me ha sucedido algo que me impide hacerlo. La pasada noche, tuve una experiencia horrible —una de las peores experiencias de mi vida—, y apenas pude dormir. Me llevaría mucho tiempo describirlo... Fue una especie de sensación de desesperación, de miedo y de terrible soledad..., como si nadie pudiera tocarme ni ponerse en contacto conmigo, como si hubiera sido abandonado por Dios y por todo el mundo. Me desperté sobresaltado y sudando a chorros, a pesar del frío que hacía, de modo que tuve que abrir las ventanas y pasear de arriba abajo por la habitación. Si aquello se hubiera prolongado, me habría vuelto loco. Esta mañana lo he hablado con alguien, y tengo la impresión de que se trata de algún tipo de experiencia espiritual... He estado todo el día con una rara sensación de tristeza, cansadísimo y violentándome a mí mismo para cumplir con mis obligaciones inaplazables... N.B.: No te inquietes por mi tristeza: la he sentido antes un par de veces... y poco a poco he ido librándome de ella».

De una carta del 2 de marzo de 1986: «...¿por qué vengo sintiéndome físicamente exhausto en estos últimos tiempos? Por causa de un extraño fenómeno que se ha presentado en mi vida: las meditaciones. Estos días vengo experimentando unas extrañas mociones espirituales y sintiendo la necesidad compulsiva de plasmarlas por escrito en forma de meditaciones y ofrecérselas al grupo. No puedo resistir esa compulsión, y a veces empleo más de tres horas diarias en redactar una meditación...».

De una carta del 8 de marzo de 1986: «Hay algo a lo que amo más que a ti y que a mí mismo, y en comparación con lo cual no somos nada, no soy nada..., como la débil luz de una vela en comparación con el sol».

Cuando vi a Tony por última vez, en marzo de 1987, poco después del último curso de renovación de Sadhana en Lonavla, tuve la sensación de que su forma de hablar había cambiado por completo y de que no tardaría en ser silenciado por Roma. Él me dijo que no le preocupaba lo más mínimo. Le importaba muy poco hablar o dejar de hablar. Estaba preparado para todo.

De una carta del 14 de abril de 1987: «Si las cosas se hubieran solucionado, habría ido... Sin embargo, me encuentro perfectamente en paz y contento de estar aquí, en esta fría mañana, contemplando desde la ventana la serenidad del paisaje y la luz del sol, sintiendo el frescor de la brisa, viendo retoñar los árboles y disfrutando del azul del cielo. Todo está empapado de paz y de vida, que es de lo que deberían empaparse nuestros corazones a medida que vivimos. En cuanto a mi corazón, puedo sentir cómo tiende hacia ello, aunque hay montones de engaños y tonterías que eliminar. Soy tan feliz como jamás en mi vida lo había sido».

De la misma carta del 14 de abril de 1987: «...Me asombra sobremanera que, a pesar del trabajo que supone la renovación, no estoy cansado en absoluto. Siento una especie de congestión en el pecho, que no creo que tenga mayor importancia. Por lo demás, me encuentro perfectamente».

El 29 de abril de 1987, unas semanas antes de morir, respondió a mi petición de encontrarme con él cuando regresara de los Estados Unidos: «No sé cuándo ni dónde nos veremos; tal vez me veas pronto sentado bajo un árbol, desnudo y en silencio». #* De la última carta de Tony, el 1 de junio de 1987, la víspera de su muerte: «.. todo mi interés se centra ahora en otra cosa, en el 'mundo del Espíritu', y todo lo demás me parece insignificante y sin importancia... Nunca en mi vida me había sentido tan feliz, tan libre...»

-oOo-